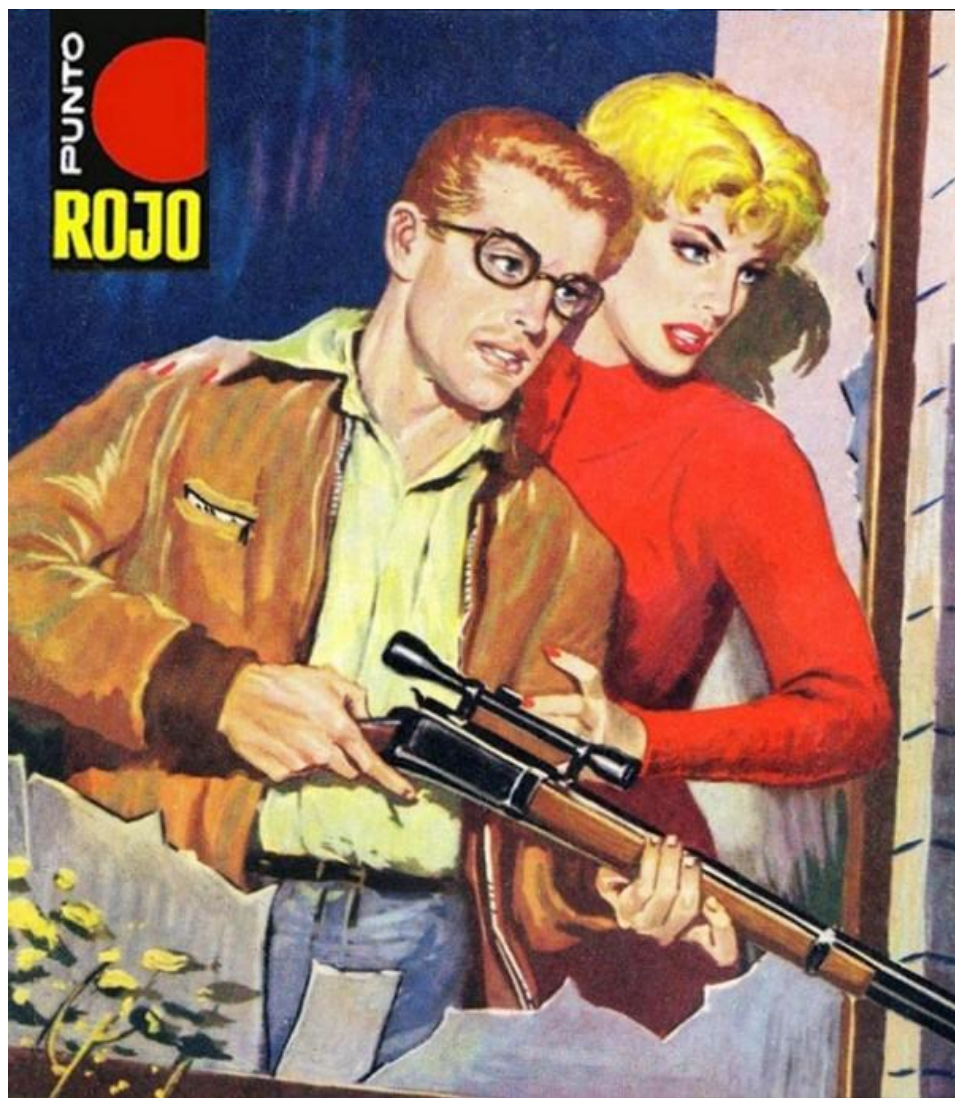


PUNTO

ROJO



ASALTO A LAS NUBES

clark carrados

ASALTO A LAS NUBES

CLARK CARRADOS

**ASALTO
A LAS NUBES**

Colección PUNTO ROJO n.º 90
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 25.766 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - ENERO 1964

(C) CLARK CARRADOS - 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

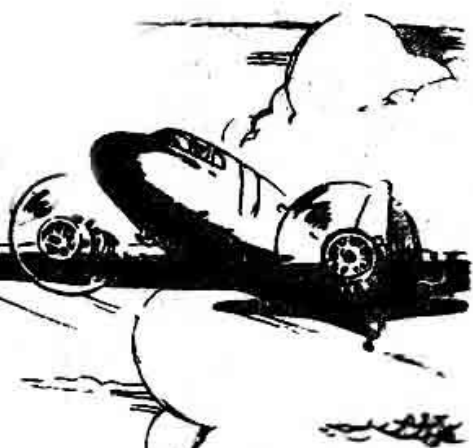
N. R. 6071/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
812 — Trampa mortal.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
697 — Muerte en el fichero.
- En Colección BUFALO:
515 — Venganza fatal.
- En Colección CALIFORNIA:
376 — Asesino y traidor.
- En Colección COLORADO:
311 — Trampa sin salida.
- En Colección KANSAS:
246 — La herradura mellada.
- En Colección BRAVO OESTE:
153 — Valle feliz.
- En Colección PUNTO ROJO:
86 — Matar por nada.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
390 — De través sobre el caballo.

Asalto a las NUBES



por CLARK CARRADOS

CAPITULO PRIMERO

Los altavoces del aeropuerto resonaron de pronto con metálicos sonidos.

—¡Atención! ¡Atención, vuelo 420! ¡Señores pasajeros para el vuelo 420, de Seattle a Helena, sírvanse pasar hacia la pista número 2 C, en donde ya les espera el avión en que deben embarcar! ¡Repetimos, vuelo 420!...

En la puerta del avión, un «Convair Metropolitan» bimotor, la azafata, Milly Donlevy, esperaba a sus pasajeros. Los dos pilotos y el operador radiotelegrafista estaban ya en sus puestos.

En la cabina de mandos, el piloto, Ben Lawton, preguntó:

—¿Qué noticias hay sobre el último parte de la «meteo»?

A lo que el segundo piloto, Harry Parkass, contestó:

—Los Wenotchee están completamente cubiertos de nubes. La capa de las mismas alcanza hasta los dieciocho mil ochocientos pies.

—Subiremos a diecinueve mil cuatrocientos, para dejar un margen de ochocientos —manifestó el piloto.

Milly Donlevy recibió al primer pasajero, un joven alto, recio, con gruesas gafas de montura de concha y aspecto de universitario.

—¿Su nombre, por favor, caballero?

—Ryburn, Ken Ryburn, señorita.

—Señorita Donlevy —contestó ella—. Elija el puesto que más le agrade —tomó el pasaje de Ryburn—. Un millón de gracias, señor.

—A usted, señorita.

El siguiente era otro hombre.

—Norbert —dijo secamente.

—Encantada, señor Norbert —manifestó la azafata—. Muchas gracias. Siéntese donde más le plazca, señor.

Norbert era un tipo de mediana estatura y gesto avinagrado. Contestó con un seco gruñido y pasó al interior del avión.

Milly recibió al tercer pasajero, otro varón.

Iron Hichs llevaba en la mano derecha un maletín estrecho y largo, de color marrón oscuro. Era un sujeto alto, delgado, con aire abstraído, que contestó a las preguntas de la azafata con unos murmullos apenas inteligibles.

Llegó el siguiente pasajero, un italiano menudo, vivaracho, de ojos despiertos.

—*Signorina, io sono* Carlo Di Prato —manifestó volublemente, sin dejar de enseñar unos dientes blanquísimos—. Di Prato, *signorina*.

—Mucho gusto, *signor* Di Prato. Pase y elija el asiento que más le agrade.

Di Prato puso los ojos en blanco.

—*Per la Madonna, ché bella, bellissima...* —y siguió adelante.

Un hombre grueso, sudoroso, apoplético, subió la escalera de acceso al avión, limpiándose la calva con un gran pañuelo de cuadros, rojos, azules y amarillos, que hacían estremecer a quién lo veía. Jadeaba y resoplaba como un fuelle asmático y cuando llegó al término de la escalera, se apoyó un instante en el marco de la puerta.

—¡Ahhhh... ahhh...! —hacía, expulsando el aire con violencia—. Se... señorita... ahhh... esto de su... de subir esca... escaleras, no se ha... ahhh... hecho para mí.

—Ahora podrá descansar, señor... —dijo Milly con encantadora sonrisa.

—Hellford, Al Hellford. Esta mujer mía me va a matar —se quejó—. A su madre le duele la cabeza simplemente... y yo tengo que, viajar hasta Helena... solo para comprarle unas aspirinas... ¡Perra suerte la mía... ahhh...!

Milly consultó la lista de pasajeros.

Faltaban dos. El «Convair» iba a volar en aquella ocasión poco menos que vacío.

Uno de los viajeros que faltaban apareció a los pocos instantes. Era una joven alta, delgada, de líneas finas y armoniosas. Peinaba sencillamente sus cabellos rubio dorados en un gran moño apretado en la nuca, y llevaba sus orejas desprovistas de todo adorno. Sus ojos estaban cubiertos por unas

grandes gafas de color verde oscuro.

—¿Señorita Blassett? —preguntó la azafata.

—Sí.

—Mi nombre es Donlevy, señorita Blassett. La Northwestair le da la bienvenida a bordo.

—Mil gracias, señorita Donlevy —contestó la recién llegada con voz bien modulada.

—Siéntese donde la plazca. Espero que tenga buen viaje.

—Gracias otra vez, señorita Donlevy.

Milly consultó su relojito. Faltaban escasos minutos para la partida del avión y aún quedaba un pasajero por acudir. De pronto, un sujeto atravesó corriendo el espacio que había delante de la aeroestación y trepó de dos en dos la escalerilla del aparato. Era joven, unos treinta y dos años, y no mal parecido.

—¡Uf! —exclamó alegremente—. ¡Por poco me quedo en tierra! ¡Estos amigos, cuando se empeñan en despedirle a uno! Me llamo Burbank, Martin Burbank, señorita...

—Donlevy es mi nombre, señor Burbank —sonrió la azafata—. Pase adentro, por favor; quedan ya menos de dos minutos para la partida.

—Gracias —Martin dio dos pasos en el interior del aparato y luego retrocedió, para mirar a la azafata con brillante sonrisa—: ¿Sabe, señorita Donlevy? Estoy deseando ser millonario para comprar una compañía de aviación y elegir yo mismo a las azafatas.

—Su sentido del humor es maravilloso, señor Burbank —contestó la muchacha cortésmente—. Siéntese, se lo ruego.

—Claro —respondió él. Y se marchó.

Ya no faltaba ningún pasajero. Milly cerró la portezuela del aparato y aseguró los pestillos. Luego lanzó un suspiro al contemplar el desierto panorama de butacas. Siete, de cuarenta y tantas. Avanzó con fácil paso hacia la cabina de pilotos y abrió la puerta.

—Ben —dijo—, los pasajeros ya están listos.

—¿Los siete?

—Sí —contestó ella.

El copiloto dijo:

—Me pregunto quién habrá sido el chiflado que ha adquirido los restantes pasajes, sin querer que se revele su nombre.

—¿Quién va a ser? —murmuró Lawton desganadamente—. La Blassett.

—Oye, ¿es tan rica como dicen? —inquirió el copiloto.

—Mucho —terció Milly—. Explotaciones forestales, pesquerías, minas... lo que quieras y ten la seguridad de acertar.

Parkass meneó la cabeza.

—Esa gente, los ricos me refiero, están chiflados todos. ¿Por qué usa ella un avión de línea cuando sé que tiene uno propio con la cabina que

parece el palacio de un sultán?

—Cosas de ricos, tú lo has dicho —rezongó el piloto. De pronto, apoyó la mano izquierda en los auriculares. Escuchó atentamente durante unos segundos y luego dijo—: Milly, la Torre me da permiso para despegar. Avisa a los pasajeros.

—O. K. Ben.

La muchacha salió de la cabina. A la izquierda de la puerta tenía un micrófono, que descolgó.

—Señorita, señores, la Northwestair les da la bienvenida a bordo de su avión y les desea un feliz viaje. Despegaremos dentro de sesenta segundos. El viaje hasta Helena dura, aproximadamente, tres horas, de modo que llegaremos alrededor de las once y media de la mañana. Volaremos a una velocidad media de cuatrocientos kilómetros a la hora y a una cota de dieciocho a veinte mil pies. Átense los cinturones, por favor.

Milly colgó el micrófono y empezó a recorrer los asientos ocupados. Los pasajeros estaban separados y distantes, salvo dos de ellos, Norbert e Hichs que ocupaban dos butacas del lado derecho del pasillo, y conversaban apaciblemente.

Los motores empezaron a roncar. Momentos más tarde, el esbelto bimotor se hallaba en el aire.

Milly se levantó de su asiento y entró en la cocinilla. Preparó una bandejita y salió al pasillo, ofreciendo a los pasajeros cigarrillos, dulces y goma de mascar.

—Si alguno de ustedes desea café o té, puedo hacérselo en un instante —ofreció.

Martin Burbank tomó una pastilla de goma de mascar, sin dejar de sonreír.

—Lo dicho —exclamó—, voy a estudiar para presidente de compañías de aviación.

Norbert rechazó las ofertas. Hichs aceptó un par de caramelos.

Di Prato tomó también caramelos. Habló volublemente durante unos momentos del sol de su Italia, de la pasta, de la pizza y del vino de Chianti, provocando una cortés sonrisa de la azafata.

El gordo lo rechazó contundentemente todo.

—Cigarrillos, no puedo. El dulce me agobia. Y mover las mandíbulas me enerva, señorita Donlevy.

—¿Quiere un poco de café o té? —ofreció ella.

—Más tarde, más tarde... Esta suegra mía... ¿Por qué no he de poder enviarle las aspirinas por correo? Porque no tiene otra cosa que una formidable jaqueca. Pero, claro, mi mujer es muy comodona...

Milly se acercó al joven con apariencia de estudioso. A no ser por las gafas, se le habría podido tomar por un atleta... no, por un profesor de atletismo, se dijo Milly, calculando que ya se le había pasado la edad de

las competiciones. A los veintiocho o treinta años, ya no se podía competir, sino enseñar.

—¿Cigarrillos? —ofreció.

Ryburn levantó la cabeza y sonrió. Su sonrisa era muy atractiva.

—Muchas gracias, no fumo. Tomaré un par de caramelos.

—A su gusto, señor Ryburn.

El supuesto profesor de atletismo tenía un grueso libraco sobre las rodillas. Milly, curiosa, pudo captar parte del título: TEORÍA DE LA VIBROTENSIÓN DE LOS CEMENTOS PRECOMPRIMIDOS. «¡Me equivoqué; es ingeniero!», dedujo.

En el lado opuesto, dos butacas más adelante, estaba Helen Blassett, con algunas revistas en el regazo.

—¿Señorita Blassett?

La muchacha alzó la cabeza.

—No, no quiero nada ahora, señorita. Muchas gracias.

—¿Café? ¿Té?

—Tampoco, más adelante, quizá.

—Muy bien, a su gusto, señorita Blassett.

La azafata se disponía a marcharse, cuando Helen la llamó:

—¿Señorita?

—¿Sí, señorita Blassett? —contestó Milly servicialmente.

—Creo... oh, no me tome por presumida, pero tengo entendido que ustedes me conocen.

—Por supuesto, señorita Blassett.

—Bien... a ser posible, no divulgue mi nombre entre los demás pasajeros. Mi... mi avión particular ha sufrido una intempestiva avería, y por ello me he visto obligada a tomar este.

—Se hará como usted disponga, señorita Blassett.

Milly penetró en la cabina del avión. Las primeras cimas de los montes de las Cascadas se divisaban ya. Hacia la derecha, a lo lejos, se veían unos espesos bancos de nubes.

—¿Caramelos, cigarrillos, chicle? —dijo la muchacha, sonriente, pero empleando un tonillo profesional.

El copiloto se metió en la boca una pastilla de mascar.

—¿Qué tal va el pasaje? —preguntó.

—Bien —contestó la muchacha. En aquel momento, Gramm Shanthé, el operador de radio, asomó su cabeza.

—Oye, Milly —dijo—, tú, desde que te codeas con las archimillonarias, te olvidas miserablemente de los pobres. Anda, ponme fumando.

—Toma —sonrió Milly—. ¿Has oído algo nuevo?

—No... bueno, dos presidiarios se escaparon hace tres días después de matar a un guardia y robarle su pistola. Tomaron un coche y escaparon hacia las montañas. Nada que nos incumba a nosotros.

—Gramm, vigila esa radio —dijo el piloto—. El tiempo, por los Wenotchee, no es muy bueno que digamos.

—O. K., patrón —contestó el radiotelegrafista, volviendo a su cubículo.

—¿Qué impresiones has sacado de los pasajeros? —preguntó el piloto.

—Helen Blassett no quiere que se hable de ella.

—Debe ser la que compró las treinta y tantas butacas.

—Hay uno que parece ingeniero, aunque tiene aspecto de monitor de gimnasia —siguió Milly—. Otro joven, también, con la apariencia del inevitable tenorio que surge en todos los vuelos.

—¡Qué suerte ser feo y hombre! —rio Parkass.

—Otro está renegando porque su esposa lo envía a Helena a ver a su madre. Cosas de mujeres alarmistas.

—¿Y los demás?

Milly hizo un gesto ambiguo.

—Parecen gente corriente. Viajes por enfermedades de la familia o a celebrar algún aniversario. Quizá uno o dos negociantes... Nada de particular, Ben.

* * *

—Nada de particular, Iron —rezongó Gus Norbert entre dientes, sin mirar a su compañero de viaje—. Te digo que lo planeé todo al milímetro y al segundo.

—Es una jugada arriesgada, Gus —murmuró Hichs.

—Pero que, si sale bien, te reportará millón y medio.

—Un poco menos, Gus, un poco menos. Recuerda que somos seis a repartir. Y tú te llevas la tajada del león.

—Como que lo he preparado todo —dijo Norbert—. Quinientos para mí y doscientos para cada uno de vosotros cinco. ¿Te parece mal la distribución? Vas a estar sin dar golpe por el resto de tus días, Iron.

—Con tal de que todo salga bien.

Norbert hizo un gesto de impaciencia.

—Escucha, Iron. Discutimos el plan cientos de veces hasta dejar atado hasta el cabo más ínfimo. Os permití todas las sugerencias que os parecieron buenas. Al final, quedasteis todos de acuerdo. No será porque no os dejé meter baza hasta adobarlo todo de modo que no se cometa el menor fallo. ¿Qué más diablos quieres? Es millón y medio, recuérdalo. Dinero en el banco, Iron.

Hichs meneó la cabeza.

—Por nuestra parte, todo está bien. Ahora solo falta que Boundary y «el Pico» cumplan con la suya y que no fallen en el momento más adecuado.

—No fallarán —dijo Norbert con acento de pleno convencimiento.

CAPÍTULO II

Jack Boundary frenó el coche a la entrada del puentecillo y saltó a tierra. Su compañero, Dave «el Pico», apodado así por su pronunciada nariz aguileña que parecía el pico de un ave de rapiña, le siguió a continuación.

El vehículo era una furgoneta rural, atadas a cuya zaga se divisaban varias ramas de pino, que habían ido arrastrando durante largo rato. Boundary agitó la mano para evitar el polvo levantado por las ramas y que tardaba más de lo corriente en depositarse de nuevo sobre el suelo.

El paraje era terriblemente agreste. Por todas partes se veían altísimos riscos, muchos de ellos todavía cubiertos por las nieves del invierno, que en los más altos se hacían perpetuas, profundísimos barrancos, por cuyo fondo corrían saltando arroyos de blanquísimas espumas y, sobre todo, una espesa vegetación de matorrales, arbustos, sabinas, enebros, pinos y abetos. La belleza del paisaje era de una salvaje grandiosidad, a la que ninguno de los dos compinches prestaba la menor atención, sin embargo.

El camino, muy angosto, serpenteaba en ascenso por entre las montañas, en medio de un espesísimo bosque de coníferas, que lo hacían prácticamente invisible a pocos pasos de distancia. El puentecillo, de vigas entrecruzadas y piso de tablones cubiertos con tierra, salvaba una profunda grieta de más de veinte metros de hondura por seis o siete de ancho, el cual se perdía de vista a ambos lados del puente. De no existir este, el paso de la grieta habría sido imposible, al menos en aquel punto, dado que sus paredes eran completamente verticales y resultaba imposible descender al fondo, a menos que se emplease un equipo de alpinista.

—La idea de emplear unas ramas atadas a la zaga para borrar las huellas de los neumáticos ha sido muy buena —dijo «el Pico».

—Sí —contestó Boundary. Fue hacia la parte posterior de la camioneta y abrió las dos portezuelas—. Ayúdame, Dave.

«El Pico» cogió una motosierra de pequeño tamaño, mientras que Boundary extraía un par de largos, cilindros amarillos, junto con un pequeño rollo de un cordón negro. Después miró hacia el puente, situado a veinte metros de distancia.

—Será preciso apartar el coche un poco más todavía —dijo—. No tengo ganas de que la explosión le cause algún daño.

—¿No se oirá el estampido, Jack? —preguntó «el Pico» ansiosamente.

—No —contestó Boundary con firme acento—. En estos parajes no hay nadie. Vamos, corta el árbol, pero deja que siga en pie hasta después de la explosión.

Mientras Boundary se llevaba la camioneta hasta doblar la próxima curva, situada a cincuenta metros del rústico puentecillo, «el Pico» se acercó a un grueso pino, cuyo tronco mediría medio metro de anchura por doce o quince de alto, y puso en funcionamiento la motosierra. Los dientes de la cadena metálica mordieron en el acto la madera.

Boundary regresó y colocó los dos cartuchos de dinamita junto a una de las principales vigas de sustentación del puente. Con todo cuidado, extrajo del interior de su chaqueta un trozo de algodón que envolvía los fulminantes, que insertó en ambos cartuchos, colocando la mecha a continuación. Después sujetó el conjunto a la viga con un trozo de cinta adhesiva.

—¿Cómo va eso, «Pico»? —preguntó al concluir.

—Solo faltan un par de golpes más y el pino caerá.

—Muy bien —dijo Boundary—. Retírate. No te olvides de la sierra.

—Conforme.

«El Pico» echó a andar carretera adelante hasta ocultarse, en la curva. Boundary sacó un encendedor de gas y aplicó la llama al extremo de la mecha. Esperó un par de segundos, hasta cerciorarse de que el fuego no se apagaría y luego echó a correr.

Los dos compinches esperaron, agazapados tras unas rocas. El suelo tembló de pronto.

El estampido de la explosión rebotó de roca en roca, por los cañones y los muros de los derrumbaderos. Mientras se extinguían los ecos del estallido, se oyeron una serie de crujidos aterradores.

Boundary salió de su escondite y contempló, satisfecho, la nube de humo que se disipaba lentamente.

Juntó el pulgar y el índice en círculo y movió la mano con ademán satisfecho.

—Perfecto —aprobó—. Vamos, «Pico», hay que terminar de serrar el pino.

Regresaron junto al barranco. El puente se había hundido y solamente en los extremos pendían algunos fragmentos de vigas astilladas.

—¡Magnífico! —exclamó Boundary al contemplar el espectáculo—. Por aquí no podrá pasar ya nadie.

«El Pico» puso la sierra en funcionamiento de nuevo. Boundary se situó a su lado. Segundos más tarde, el tronco empezó a crujir.

—Un par de golpes más, «Pico» —dijo Boundary.

De pronto, sonó un fuerte estallido. El enorme pino se inclinó, lentamente al principio, con mayor rapidez después, hasta caer directamente sobre el lugar que había ocupado el puente. El tronco osciló

unos momentos en el aire y luego, todo el árbol se precipitó al barranco, con gran estruendo.

—Estupendo —manifestó Boundary—. Así, si la policía viene por aquí, cosa que dudo por completo, creerán que el puente se hundió por obra de un leñador imprudente.

«El Pico» se pellizcó los labios con gesto aprensivo.

—Conforme —dijo—. Nadie podrá pasar hacia arriba... pero nadie, tampoco, podrá descender hacia abajo.

Boundary le palmeó las espaldas.

—Gus planeó bien las cosas, «Pico». No te preocupes, ya verás qué fácilmente salimos del encierro. ¡Y ricos, no lo olvides!

Regresaron a la furgoneta. «El Pico» arrojó la motosierra dentro de la misma, atestada de toda clase de cajas que contenían artículos alimenticios. Cerró las puertas y se sentó al lado de Boundary, quien ya había puesto el motor en marcha.

La camioneta arrancó al instante. Jack conectó el aparato de radio. Sentíase de un humor magnífico. Una excelente orquesta interpretaba en aquellos momentos «Me siento ligero como un pájaro», de Scrawling. Boundary acompañaba a la melodía con un suave silbido.

El camino se retorció continuamente entre las montañas. En algunos lugares, era tan angosto que el conductor se veía obligado a realizar verdaderos prodigios con el volante para poder pasar. Barrancos y despeñaderos de estremecedora profundidad surgían casi continuamente ante su vista.

La música se interrumpió de pronto. La voz de un locutor de radio vibró a través del altoparlante:

—Últimas noticias sobre la evasión de dos peligrosos prisioneros. Los fugitivos, llamados Wes Adams y Mark Ozette, quienes mataron al guardia que intentó oponerse a su huida, están siendo buscados con ahínco por todas las fuerzas del orden. El alcaide de la penitenciaría de Walla Walla, en unas declaraciones hechas recientemente ha dicho que es muy posible que los evadidos se dirijan al sur, concretamente hacia Pendleton, ya en el Estado de Oregón, en donde se sabe que contaban con amigos, algunos de los cuales es posible que les hayan facilitado los medios de evasión. La policía de Pendleton y el destacamento de policía caminera de dicha ciudad han sido puestos en estado de alerta...

«El Pico» soltó un desdeñoso resoplido.

—No les auguro nada bueno, si los encuentran. Dispararán sobre ellos a matar, Jack.

—Lo dices muy seguro, «Pico» —manifestó Boundary.

—Conocía a Ozette. Es un tipo sanguinario como pocos. No se rendirá jamás, te lo aseguro.

—Bueno, allá él, ¿no te parece?

«El Pico» se reclinó en el asiento.

—Sí, allá él.

A la derecha del camino se abría un profundísimo barranco de empinadas paredes rocosas, tanto, que solo algunas matas, arraigadas tenazmente entre las hendiduras de las piedras, podían crecer en semejante lugar. Por el fondo del barranco, a setenta metros de profundidad, corría rápidamente un arroyo de espumosas aguas, cuyo sonoro bramar llegaba muy atenuado hasta las alturas.

Boundary empezó a silbar de nuevo la misma melodía. Guiaba serenamente, pero quizá con excesiva rapidez para un camino tan peligroso. De pronto, la rueda delantera derecha se hundió en un profundo bache, oculto por una traidora capa de polvo.

La furgoneta pegó un tremendo salto que hizo crujir su estructura, de la punta a la cola. Boundary blasfemó.

La rueda salvó el bache. Entonces, golpeó una roca.

La roca estaba sostenida precariamente. Saltó al abismo, provocando un pequeño alud.

«El Pico» soltó un agudo alarido:

—¡Cuidado, Jack!

Boundary intentó frenar. Pero ya era tarde.

La camioneta se salió fuera del camino. Empezó a caer. «El Pico» chilló agudísimamente.

El vehículo cayó dando espantosos tumbos. La portezuela posterior se abrió de repente y los paquetes salieron fuera, a causa de los golpes, desparramándose como una lluvia singular por todas partes. Los embalajes se abrían y las latas de conserva de su interior se esparcían a gran distancia.

Boundary tuvo tiempo de abrir la portezuela y saltar fuera. Cuando lo hizo, sin embargo, el vehículo estaba ya en el aire. Estiró las manos desesperadamente, intentando alcanzar un saliente rocoso a pocos centímetros del borde de la carretera. Sus ojos estaban dilatados por el espanto, y su rostro se había deformado en una mueca de imposible horror.

Consiguió, incluso, rozar con las yemas de los dedos el borde de la roca. Por una fracción de pulgada, la distancia resultó excesiva. Cayó de espaldas y golpeó contra una piedra situada a quince metros más abajo. Su cráneo se partió con siniestro chasquido. Volteó, agitando ya inconscientemente brazos y piernas, como un gigantesco pájaro herido de muerte.

La furgoneta se estrelló contra el fondo del barranco con estrépito semejante al de un cañonazo. Dio dos o tres saltos más y acabó quedando hundida a medias en el agua del torrente, entre un grupo de abetos de frondosos ramajes, que casi la ocultaban a la vista de cualquiera que

pasara por el camino y mirase desde arriba. En el interior de la cabina, convertida en un retorcido montón de hierros, «el Pico» yacía con una mueca de terror petrificada en sus labios, de los que brotaba un río de sangre, con el cuello ladeado en un ángulo antinatural.

Un segundo más tarde de haberse detenido la furgoneta, llegó el cuerpo destrozado de Boundary. Rodó por el suelo y acabó sumergiéndose en las aguas del arroyo por completo.

Había algunos pájaros por aquellos parajes: cuclillos, picamaderos, incluso una pareja de cuervos, los cuales habían levantado el vuelo, asustados por el tremendo estrépito del accidente. Después, cuando los ecos del ruido se hubieron apagado, volvieron lentamente a los lugares que ocupaban.

Por encima del bramido de las aguas del torrente, se oyó el rápido tableteo de un picamaderos, como una especie de impía carcajada de burla.

* * *

El fragor del accidente se extendió a gran distancia. Wes Adam, que dormitaba en el suelo, a la sombra de un gran abeto, se sentó en el suelo al oír el primer estampido.

Escuchó atentamente, percibiendo todos los ruidos, hasta que hubieron cesado. Entonces alargó el pie y golpeó el costado de su compañero.

—¡Despierta, Ozette! —le increpó a voces.

Ozette era un tipo de aspecto bestial, chato, de ojos hundidos bajo unas cejas espesas en una frente deprimida, cuyos rasgos le prestaban un aspecto simiesco, poco grato de contemplar. Tenía la cara llena de cicatrices, no ganadas precisamente en luchas honradas en los *rings*.

Abrió y cerró la boca unas cuantas veces, y luego movió las mandíbulas, reuniendo un poco de saliva, que expulsó con un rápido escupitajo. Luego, mientras se rascaba con una mano el velludo pecho y la revuelta cabellera con la otra, preguntó:

—¿Qué sucede, Wes?

—Cerca de aquí se ha producido un accidente, Ozette. He oído el ruido muy bien.

—¿Y qué diablos nos importa eso a nosotros? —gruñó el sujeto, en cuya camisa de uniforme aún podía verse el número de la penitenciaría—. Si se han caído a un barranco, peor para ellos —comentó brutalmente.

—Eres un estúpido, Ozette —Adams se puso en pie, ajustándose los pantalones, en cuya pretina tenía sujeta la pistola que le había quitado al guardia. Era un sujeto alto, de buena planta; incluso hubiera podido pasar por guapo, a no haber sido por la continua expresión de impiedad que flotaba en su rostro—. Un accidente significa un auto caído al fondo de un

barranco...

—¡Noticia fresca! —gruñó Ozette.

—... Y un auto caído a un barranco, significa comida.

Los ojos de Ozette fulguraron.

—¡Comida! ¡Rayos, llevo dos días con el estómago lleno de telarañas!

Pero ¿cómo estás seguro...?

Adams sonrió con aire de superioridad.

—Estos parajes están desiertos. Tiene que tratarse a la fuerza de algún cazador o pescador, que se disponía a pasar unos días en su cabaña de las montañas. Y si es así, llevará con toda seguridad una buena mochila repleta de conservas. Incluso hasta puede que encontremos su rifle.

Una sombra de aprensión cruzó momentáneamente por los ojos de Ozette.

—¿Y si vive? —sugirió.

Adams palmeó la culata de la pistola que le sobresalía del pantalón.

—¡Peor para él! —dijo fríamente—. ¡Vamos!

Echaron a andar hacia abajo, en dirección al lugar donde se había producido el estruendo del accidente. Saltaban de risco en risco, procurando elegir los lugares en sombra y protegidos por los árboles. Súbitamente, de un modo por completo imprevisto, llegaron al borde de una carretera.

—¡Cuidado, tú! —dijo Adams.

Permanecieron unos momentos silenciosos, agazapados tras unas matas de sabina. Adams había sacado la pistola y escrutaba el camino, con pupilas recelosas. El silencio era absoluto y tan solo se oía, lejos, el ruido de un torrente saltando de roca en roca.

Un picamaderos clavó sus garras en el tronco de un árbol y empezó a mover el pico a gran velocidad. El ruido resultó tan real, que Adams se dejó caer hacia atrás rapidísimamente, a la vez que apuntaba con la pistola hacia el lugar donde se oía aquel estremecedor sonido.

Pronto pudo identificarlo. Entonces se sentó en el suelo y se limpió el sudor de la frente con la manga de su áspera camisa carcelaria.

—¡Cristo! ¡Qué susto me dio ese maldito pájaro! ¡Llegué a creer que era un condenado polizonte tirando contra nosotros con su «regadera»!

—Es un picamaderos tan solo —gruñó Ozette—. El camino está desierto. ¿Vamos?

Adams se puso en pie. Hinchó el pecho. No le gustaba que su compañero hubiese advertido el miedo que le había poseído por unos momentos. Siempre le había gustado aparentar el valentón, el perdonavidas y, a su modo, no tenía miedo de nadie, pero en las circunstancias en que se hallaba, no había podido evitar un instante de pánico.

—Vamos —gruñó.

Saltaron al camino y lo cruzaron a la carrera, ocultándose entre los árboles del lado opuesto, mirando hacia el torrente que corría a setenta metros más abajo. De pronto, Ozette exclamó:

—¡Mira, Wes! ¡Allá abajo! ¿No lo ves?

Adams demoró la respuesta unos segundos.

—Parece que no se mueve nadie, Ozette. Oye, juraría que ese cacharro se ha destripado al caer. Veo unas cosas que parecen latas de conserva. ¿Y tú?

Ozette se relamió, pensando en el banquete que se iba a dar.

—Soy de tu misma opinión, chico. Bajemos a ver qué diablos ha pasado. Oigo unos rugidos, pero no te preocupes, Wes; es mi estómago que brama de hambre.

CAPÍTULO III

Helen Blassett abrió el bolso y sacó una costosa pitillera de platino, con sus iniciales en diamantes, de la cual extrajo un cigarrillo con boquilla de corcho, que se puso entre los labios. Luego buscó el encendedor.

—Es extraño —murmuró—. Juraría haberlo puesto en el bolso.

Arrugó el entrecejo. El último cigarrillo lo había fumado en casa, poco antes de tomar el coche que la había conducido al aeropuerto. Recordó la escena, llegando a la desconsoladora conclusión de que el encendedor se había quedado sobre la consola de junto a la puerta de entrada. El teléfono había sonado en aquel momento, y ella lo había atendido, pensando en recoger el encendedor al terminar de hablar. Pero la conversación sostenida la había entretenido luego hasta el punto de hacerla olvidar por completo aquel indispensable adminículo.

Apretó los labios. Con gesto discreto, miró hacia atrás. La azafata estaba en aquellos momentos en la cocinilla del aparato. Le disgustaba la idea de tener que cruzar toda la longitud del pasillo solo para pedir una llamita.

Y tampoco quería solicitar fuego a los otros pasajeros... a los dos o tres que estaban fumando en aquellos instantes. No tenía ganas de aparecer como una mujer coqueta y casquivana, ansiosa de realizar una conquista durante el viaje, aparte de que estaba obligada a mantener la mayor discreción posible en todo momento.

Pero precisamente por carecer de fuego, sus ansias de fumar habían subido de punto. Se quitó el cigarrillo de los labios, y estuvo a punto de tirarlo al suelo, con un infantil gesto de rabia. De repente, reparó en el joven que estaba al otro lado del corredor, dos butacas más atrás.

Parecía un joven serio y formal. Desde el momento del despegue, le había visto enfrascado en la lectura de un grueso libraco, que debía ser muy interesante, a juzgar por la absoluta falta de caso que había hecho al espléndido panorama que se divisaba desde las ventanillas del avión. Sí, merecía la pena pedirle fuego. Seguro que no intentaría conquistarla, ensalzando primero su simpatía, después su belleza... «¿por qué no se quita esas horribles gafas que ocultan seguramente los ojos más lindos del universo»? y, en fin, lo de costumbre.

Se levantó, cruzó el pasillo y se acercó al joven.

—¿Señor?

Ken Ryburn levantó la cabeza, sorprendido, aturdido ligeramente por haber sido apartado con tanta brusquedad del tema que estaba estudiando.

—¿Eh? ¿Qué? ¡Oh!...

Helen sonrió amablemente, con el cigarrillo en la mano.

—Dispéñeme, señor...

—Ryburn, Kenneth Ryburn.

—Olvidé mi encendedor en casa, al tiempo de salir hacia el aeropuerto... y no puedo encender el cigarrillo.

—Sí, señorita, sí... —Ryburn empezó a hurgarse en los bolsillos.

—Blassett, Helen Blassett —se presentó ella.

Ryburn suspendió la búsqueda de pronto, a la vez que ponía cara de desolación.

—Lo siento, señorita —manifestó compungidamente—. Acabo de recordar que no fumo.

Helen estuvo a punto de romper en una carcajada, al darse cuenta del despiste del joven. «Tiene todo el aspecto de un sabio distraído», pensó. Y de repente, sintió una viva simpatía hacia él.

—Oh, no importa —Helen pensó que Ryburn poseía una sonrisa verdaderamente atractiva. «Si le diera por conquistar a las mujeres, las volvería locas, solo con mirarlas así y sonreír». Ryburn seguía hablando y le escuchó:

—En realidad, ya estaba terminando de repasar algunos puntos que conozco de sobra.

Helen era mujer de súbitos impulsos. Estaba harta de sus revistas y de mirar a través de la ventanilla y sentía deseos de charlar con alguien que, además, no se había sentido impresionado en absoluto por su nombre.

—¿Me permite que me siente un momento a su lado, señor Ryburn?

—Claro que sí, no faltaría más —respondió el joven, poniéndose en pie para dejarla pasar junto a la ventanilla.

—¿Es muy interesante eso que estudiaba, señor Ryburn? Oh, perdóneme si soy indiscreta.

—En absoluto, señorita Blassett —Ryburn volvió a sonreír. Se quitó las gafas unos instantes y a Helen le pareció más guapo todavía—. Es cuestión de cementos.

—¿Ce... mentos?

—Sí —contestó Ryburn, sonriendo—. Soy ingeniero y me dirijo a pronunciar una conferencia en la Asociación de Ingenieros de Montana.

—Ah —exclamó ella—. Debe ser un tema terriblemente árido.

—Según se mire, claro está. A mí me gusta, señorita Blassett.

Desde su butaca, Norbert vio a la pareja y apretó los labios. Ahora, ¿se iba a dedicar la muchacha a cazar tipos estúpidos como aquel profesor de universidad?

A su lado, Hichs estaba calculando el momento en que su jefe se

dispondría a dar el golpe. Rezongaba y echaba pestes; Norbert era de los que alardeaban que todo lo hacían bien, y luego siempre aparecía algún falló, en los que él, por supuesto, nunca tenía la culpa. Siempre la tenían los otros. Debía haber adquirido todas las butacas del avión, pero algo se había interpuesto en su camino, y dos asientos fueron comprados antes de llegar ellos.

Un poco más allá, Carlo Di Prato miraba con ojos entornados a la pareja, charlando amistosamente. «Pronto se acabaría aquella charla», pensó.

Detrás de él, Al Hellford echaba pestes de su mujer y de la madre de su mujer. «Claro, tengo yo que ir a Helena. Es su madre, pero ella no puede ir. Es la presidenta de su Círculo, y no puede dejar de presidir su sesión de los jueves por la tarde. Seattle se hundiría, si ella no acudiera a la sesión. Aunque estuviese agonizando su madre, Martha no dejaría de presidir la reunión. Y en cuanto llegue a Helena, me encontraré a mi gruñona suegra política, quejándose de la mala calidad de los analgésicos que se fabrican ahora. Dirá que los que hacían antes de la guerra sí que eran buenos y quitaban los dolores de cabeza en un santiamén y no como ahora que parecen tabletas contra la tos...». El hecho de haber tenido que abandonar su trabajo y gastarse una decena de dólares en el pasaje le ponía frenético.

Martin Burbank tenía las manos cruzadas sobre el estómago. Dormitaba beatíficamente, arrullado por el sincrónico rumor de los motores del aeroplano. El objeto central de sus sueños era una tira interminable de billetes de banco. La cinta de billetes empezaba en los Estados Unidos, atravesaba el Atlántico, África, el océano Indico, la India, Asia, el Pacífico, volvía de nuevo a los Estados Unidos y otra vez se enrollaba en torno al globo terráqueo. Varias veces; era una cinta de billetes que no se acababa nunca.

Milly Donlevy cruzó el pasillo y se metió en la cabina de pilotos, el radiotelegrafista estaba sentado en su puesto, con los auriculares, escuchando atentamente los mensajes que se cruzaban en el éter. Agitó la mano cuando Milly pasó por delante de él. La joven le dio un toquecito con su mano en el hombro.

—¿Queréis algo, chicos? —ofreció la azafata.

—Ben, no sé; a mí, una taza de café bien cargado —pidió el copiloto.

—¿Cómo va el viaje, Ben? —preguntó la muchacha.

—Estupendamente. Volamos a diecinueve mil cien y acabamos de pasar sobre Okanoga. Las nubes quedan hacia el sur, sobre los Wenotchee.

—¿Café, Ben?

—Bueno, una taza.

El telegrafista asomó la cabeza de pronto.

—Capitán —dijo—, la «meteo» informa que el frente de nubes se está corriendo hacia el sudoeste, a cincuenta millas a la hora.

—Bien gracias, Gramm. Harry, comprueba las distintas presiones.

—Sí, Ben —respondió el copiloto.

Lawton miró hacia lo lejos, donde los picos de las montañas empezaban a cubrirse por las nubes.

El radiotelegrafista pasó otro informe.

—El banco de nubes tiene un espesor de mil quinientos pies, capitán.

—Muy bien, Gramm.

Milly salió de la cabina, y se dirigió hacia la cocina. Al pasar vio a Helen y a Ryburn en animada conversación. «Una pieza nueva que añadir a su colección», pensó, refiriéndose a la muchacha. «Le faltaba un ingeniero». Y siguió adelante.

* * *

Las nubes se extendieron de pronto bajo el vientre del avión. Entonces, Gus Norbert consultó su reloj.

Miró a Hichs. Este asintió silenciosamente.

Iron tocó el timbre que tenía al lado del brazo de la butaca.

Segundos más tarde, los tacones de los zapatos de Milly sonaron apagadamente sobre la alfombra que cubría el corredor central. La azafata se detuvo ante los dos individuos.

—¿Por favor? —dijo.

Norbert se estiró en su asiento.

—Señorita, desearía enviar un radiograma.

—Muy bien —Milly sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un bloqucito de papel, en cuya espiral de alambre había un pequeño lápiz. Instintivamente, mojó la punta del lápiz en su lengua y aguardó.

Norbert parecía titubear.

—Señorita, si no le importa, desearía dictar yo mismo el mensaje al radiotelegrafista.

Milly arqueó las cejas.

—Señor Norbert, esto es irregular. Está prohibido por los reglamentos...

Gus trató de componer su mejor sonrisa.

—Por favor, señorita. Es muy importante, se lo aseguro. Para mí es vital dictar ese mensaje, de modo que no quede la menor duda.

La muchacha vaciló.

—Bien, yo no sé... Se lo consultaré al capitán. Él decidirá en todo caso. Yo no puedo garantizarle nada, como comprenderá.

—Bien —Norbert sonrió benignamente—, vaya y hable pronto. Repito que es verdaderamente urgente —se puso en pie—. La esperaré en la puerta.

Milly asintió. Guardóse el cuaderno y el lápiz y caminó hacia la cabina.

Hichs tomó su maletín, soltando los pestillos que lo aseguraban. En el

interior del mismo había una metralleta ligera, tipo paracaidista.

Norbert alargó el cuello. Su mirada se cruzó con la de Burbank. Este se puso en pie y salió al pasillo.

Los dos hombres, separados por unos cuantos pasos, caminaron en dirección a la cabina. Di Prato continuaba sentado, aunque con el cuerpo muy erguido.

Norbert esperó con el cuerpo muy pegado a la puerta volviendo la espalda a Ryburn y a Helen, quienes, enfrascados en su conversación, no se habían dado cuenta de nada. Burbank permanecía a un paso de distancia.

La puerta de la cabina se abrió bruscamente. Milly fue a salir y tropezó con el individuo.

Sin poder contenerse, exhaló un ligero gritito.

—¡Oh, señor Norbert, qué susto me ha dado ust... !

Su rostro se tornó en un segundo tan blanco como las nubes que tenían debajo, al ver la pistola que Norbert empuñaba con fría decisión, ocultándola con el cuerpo, de la vista de los restantes pasajeros.

—Silencio —dijo Norbert en voz baja y concentrada—. No levante la voz, no mueva siquiera una pestaña, o juro que la frío a balazos aquí mismo.

Milly abrió y cerró la boca, tragando aire convulsivamente.

—¡Adentro! —susurró el forajido.

Milly retrocedió con el espanto pintado en sus lindos ojos. Norbert cruzó el umbral, seguido por Burbank, quien también empuñaba una pistola de pavoroso aspecto.

Ryburn y Helen no se dieron cuenta de nada, hasta que se vieron enfrentados al cañón de una «Thompson» de paracaidista, sostenida firmemente por las manos de Iron Hichs.

—Por favor, no griten, no hagan aspavientos o me veré obligado a disparar. Levántense los dos y retrocedan media docena de asientos. En silencio, por favor.

Aterrado, cubierto de sudor a causa del espanto, Al Hellford vio a Hichs atravesar el pasillo y encaminarse hacia donde estaban sentados los dos jóvenes. Se levantó maquinalmente, convulso y estremecido, pero en el mismo momento, algo duro y frío se, apoyó en su nuca.

—Por favor —dijo una voz, de claras tonalidades extranjeras—, no se mueva. Guarde silencio, gordito... guarde silencio. Siéntese, ¿quiere?

Hellford sintió que las piernas se negaban a sostenerle. Cayó sentado bruscamente sobre su asiento.

CAPÍTULO IV

Adams y Ozette llegaron al fondo del barranco y contemplaron durante unos momentos la escena del desastre.

—¡Rayos! ¡Menuda catástrofe! —exclamó el segundo.

Pero casi inmediatamente divisó unas cuantas latas de conserva por el suelo y, hambriento como estaba, se precipitó sobre ellas.

Adams sabía dominar mejor sus instintos. Divisó un cuerpo sumergido en las aguas del arroyo y, metiéndose en el mismo hasta la rodilla, lo arrastró por los pies hasta sacarlo fuera, a la orilla. A continuación le dio la vuelta.

Los ojos de Boundary le contemplaron inexpresivamente. Sin preocuparse en absoluto de sus horribles heridas, Adams le registró concienzudamente, hallando una pistola y una cartera, con unos cuantos billetes de veinte dólares.

—¡Vaya! —exclamó—. Dinero y comida. Esto es bueno —rio alegremente—. Esto es bueno —repitió.

Examinó la cartera.

—Jack Boundary —dijo.

—¿Boundary? —exclamó Ozette. Había abierto ya una lata y tenía la boca llena de carne en conserva—. ¡Diablos!

—¿Qué te pasa? ¿Lo conocías tú?

—A Boundary directamente, no; pero sí a un amigo suyo. Y mío también. Solían ser compinches. Un tal Dave «el Pico». No se separaban nunca, Wes.

—Pues ahora... —Adams arrojó la cartera a un lado y se guardó el dinero y la otra pistola. Acto seguido, se acercó a la destrozada cabina de la camioneta—. ¡Eh, Ozette, aquí hay otro! ¿No será, por casualidad, ese Dave que tú decías?

Ozette meneó la cabeza.

—¡Pobre «Pico»!

—Parecen gente de ciudad —rezongó Adams—. ¿A dónde diablos se dirigirían por estos andurriales? —miró en torno suyo, viendo las innumerables latas esparcidas por el suelo, al haberse reventado la caja de la furgoneta—. Y con tantas provisiones —añadió, sumamente pensativo.

Ozette abrió su segunda lata de conservas.

—Bueno, mala suerte para ellos —filosofeó resignadamente—. Desde luego, se pegaron el gran tortazo.

Adams estaba examinando con todo detenimiento el interior de la camioneta, parte de la cual había quedado fuera de las aguas del arroyo. Encontró dos chaquetones de piel, uno de los cuales arrojó a su compañero.

—Toma, pónelo; por las noches hace frío.

—No me lo recuerdes —se estremeció Ozette, pensando en las largas horas que había pasado sin dejar de tiritar, obligados a no encender fuego por no delatar su presencia a sus posibles perseguidores.

Adams tenía hambre, pero era sujeto que se dominaba mejor. Registró también la cabina, en la cual encontró un rifle de precisión, dotado de mira telescópica, junto con una caja de cartuchos.

Sonriente, se sentó al lado de su compinche. Ozette acababa de abrir su tercera lata de carne y se la quitó sin ningún escrúpulo.

—Bueno —dijo—, ya tenemos armas, dinero y provisiones. En las montañas no falta agua, de modo que podemos esperar una buena temporada hasta que la persecución se haya «enfriado».

—¿Y qué haremos después?

Adams se encogió de hombros.

—Ya veremos. Quizá llegar a la costa. Hay muchos puertos y muchos buques madereros, crónicamente faltos de tripulantes. Everett, Kirkland, Seattle... no, Seattle no; habrá demasiada vigilancia... —engulló un enorme pedazo de carne y siguió comiendo—. Port Angeles, Hoquiam, Aberdeen, Montesano... bueno, ya lo decidiremos cuando llegue el momento —movió la mano en sentido circular—. Tenemos comida para dos meses, si nos sabemos administrar.

—Y además, el rifle para cazar, si se tercia.

—¡Hum! A ser posible, nos abstendremos de utilizarlo. En estas montañas, un tiro se oye a gran distancia. Pero, en fin, siempre es un recurso. Luego sacaremos algo de grasa de una lata y limpiaremos las armas que se han mojado.

Con la boca llena de comida, chorreantes las comisuras de los labios, Ozette preguntó:

—¿Qué haremos mientras tanto, Wes? ¿Seguiremos aquí?

La mirada de Adams se fijó por un instante en la arruinada camioneta.

—Esa pareja de infelices debían dirigirse a algún lugar, indiscutiblemente.

—¿Para qué?

—Lo ignoro, aunque seguramente con un fin demasiado previsto... para ellos, claro está. Pero, ya te lo he dicho, son gente de ciudad, no estaban acostumbrados a vivir al raso. Tengo la convicción de que debían dirigirse

a una cabaña situada no muy lejos de estos parajes.

—¡Hombre! ¡Es una idea, sí, señor!

—El camino no se usa apenas, eso se ve bien a las claras.

—Quizá huían de los «pies planos» —sugirió Ozette.

Adams asintió Con la cabeza.

—Sí —dijo—. Es muy posible. En tal caso, podemos calcular, sin temor a errar, que debían tener un buen escondite.

—Cuyo escondite utilizaremos nosotros hasta que sea preciso, ¿no te parece?

—Es lo que haremos, Ozette. Y ahora —Adams tiró su lata vacía al arroyo—, vamos a hacer un buen montón con las latas y seguiremos carretera adelante, bueno, quiero decir, por el borde, hasta encontrar esa cabaña. Llevaremos todas las provisiones que podamos; en todo caso, siempre estamos a tiempo de volver por más.

Quince minutos más tarde, los dos fugitivos, cargados con sendos paquetes que hallaron en el interior de la camioneta, los cuales habían llenado de latas, más el fusil y la pistola suplementarios, emprendían la ascensión hacia la carretera.

* * *

Gramm Shanthé, el radiotelegrafista del avión, intentó levantarse al ver irrumpir en la cabina a los dos sujetos armados con sendas pistolas, detrás de la azafata.

—¿Eh? ¿Qué diablos...?

Norbert le colocó el arma en la sien. Con la mano izquierda sostenía firmemente uno de los brazos de Milly Donlevy.

—Quieto, amigo —le ordenó—. No te muevas o te sacaré los sesos por las narices. ¡Siéntate y cierra el pico!

Mientras tanto, Burbank se había abalanzado hacia la parte anterior de la cabina. Atravesó la angosta portezuela y se quedó a un paso, entre los dos asientos de los pilotos.

—Por favor.

Lawton y Parkass volvieron la cabeza al unísono. Su sorpresa fue enorme al verse encañonados por una pistola.

—¿Qué es esto? —preguntó el piloto coléricamente—. ¿Qué es lo que pretende usted?

—Silencio, amigo. Atienda a los mandos o lo pasará muy mal.



—¡Atienda a los mandos!

—¿Es un asalto? El avión no transporta más que el correo y...

—¡A callar! —rugió el forajido.

—¡No lo consentiré! —gritó Parkass, que era joven y como tal tremendamente impulsivo. Púsose en pie, con intenciones de lanzarse sobre el forajido, pero Burbank movió la mano con todas sus fuerzas y le

golpeó en la frente con el cañón de la automática.

Parkass se derrumbó de espaldas, hecho un ovillo, arrojando sangre por la herida. Lawton se agitó, nervioso.

—¡A los mandos! —bramó Burbank—. Manténgase a rumbo hasta que se lo ordene.

Lawton crispó ambas manos sobre el volante, sujetando el avión que se había movido ligeramente mientras tanto. Consultó la brújula, viendo que todo marchaba con plena normalidad.

—Si ha muerto el copiloto... —dijo.

—Está desvanecido, simplemente; eso es todo —rezongó Burbank—. Y no vuelva a hablar mientras no se le dirija la palabra.

Norbert continuaba sujetando a la azafata con una mano. Helada de terror, Milly no se atrevía apenas a respirar.

—Escuche —se dirigió Norbert al radiotelegrafista—, va a transmitir un mensaje que le voy a dictar. Y —agregó en tono ominoso—, no se desvíe una sola sílaba, porque si lo hace así, morirá en el acto.

Shanthe sudaba de miedo, porque se había dado cuenta de que el forajido estaba dispuesto a todo.

—Sí... lo haré... lo haré —prometió, aterrorizado.

—Muy bien. Entonces, llamé a Seattle y diga que tenemos dificultades con un motor. Solo eso. Luego corte bruscamente, ¿estamos?

El telegrafista tragó saliva.

—Sí... señor —movió unos diales y asió el micrófono—. ¡Aquí, vuelo 420! ¡Vuelo 420 llama a Torre de control de Seattle! ¡Vuelo 420 llama a Seattle! ¡Es urgente! ¡Seattle, por favor, conteste pronto!

Norbert aprobó con la cabeza.

—Lo está haciendo muy bien —murmuró. Sus dedos se clavaban como garfios en la carne del brazo de Milly, pero la azafata no se atrevía a protestar siquiera. En vista de que Seattle no contestaba ordenó—: ¡Insista!

Shanthe cambió el sentido de la transmisión.

—¡Atención, torre de control de Seattle! ¡Seattle, habla vuelo 420! ¿Me oye, Seattle? Cambio.

Una voz irrumpió de repente en la cabina a través del alto parlante.

—¡Aquí, torre de Seattle! ¡Atención, 420! ¿Le ocurre algo? Informe, pronto. Cambio y quedo a la escucha.

—Atención, Seattle. Habla vuelo 420. Tenemos dificultades con un motor...

En el mismo instante que Shanthe pronunciaba la palabra «motor», Norbert alargó el brazo y pegó un fuerte tirón al cable del micrófono, arrancándolo de cuajo e interrumpiendo así, por tanto, la transmisión. Luego, antes de que Shanthe pudiera apercibirse a la defensa, le asestó un terrible golpe con la culata en la parte derecha de la nuca.

El radiotelegrafista se derrumbó sobre el cuadro de instrumentos, sin

lanzar un solo gemido. Milly se cubrió la cara con las manos.

—Señorita —dijo Norbert imperativamente.

Ella le miró con ojos asustados.

—Abra la puerta y salga al departamento de pasajeros.

La muchacha obedeció. Sus ojos se dilataron aún más al ver el espectáculo que había al otro lado de la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó Norbert.

—O. K. —sonrió Hichs placenteramente.

—De acuerdo. Seguid así unos momentos; vuelvo enseguida. La azafata, que se siente en una butaca y que no se mueva para nada, ¿entendido?

—Descuida, Gus —dijo Hichs.

Norbert entró de nuevo en la cabina. Guardó la pistola y, agarrando el cuerpo de Shanthé por los sobacos, lo sacó fuera, dejándolo tirado de cualquier forma por el pasillo.

—Cuando se despierte, qué se siente también —advirtió duramente.

Nuevamente entró cerrando la puerta tras sí. Entonces buscó en el puesto de la radio, hasta encontrar un martillo, con el cual la emprendió a golpes con el transmisor, hasta tener la certeza de haberlo averiado irremisiblemente. Al terminar, lanzó el martillo a un rincón y sacó la pistola, metiéndose en el puesto de pilotaje.

—Todo bien, Gus —informó Burbank.

Norbert arrojó una mirada distraída hacia el copiloto, quien seguía tumbado en el suelo, completamente inconsciente. Luego se encaró con el comandante de la aeronave.

—Capitán.

Lawton le miró tranquilamente.

—Diga.

Norbert le enseñó la pistola.

—Haga lo que le digo y todo marchará bien. Nuestra intención no es matar, a menos que alguien nos obligue a ello. Tratamos de no hacer otro daño que el imprescindible... ¿qué ocurrió con el copiloto?

—Quiso echárseme encima y le golpeé —respondió Burbank.

Norbert sonrió.

—¿Lo ve usted, capitán? Podría haberle matado, y en lugar de ello, se limitó a dejarle desvanecido.

—El golpe fue muy fuerte —dijo Lawton, ceñudo—. Oí crujir su cráneo. Quizá está muerto.

Norbert alzó los hombros.

—Tanto peor para él. Mi compañero le advirtió seguramente de que no hiciera tonterías. ¿No se lo dijiste, Martin?

—Sí, así lo hice, Gus.

—Bien, capitán; entonces ya no es necesario que toquemos más este desagradable tema. Escúcheme ahora con toda atención. Su telegrafista

habló con la torre de Seattle, y dijo que el avión tenía dificultades con un motor. En ese momento se cerró la transmisión. En Seattle supondrán que se trata de un accidente. Es lógico, ¿no?

Lawton apretó los labios, manteniéndose en silencio.

—Perfectamente. Saldrán a buscarnos, pero no nos encontrarán, porque usted va a realizar ahora mismo un viraje de noventa hacia el sur.

Lawton perdió la calma por un instante.

—¡Qué! ¿Se ha vuelto loco? Eso se desvía radicalmente de mi ruta.

Norbert sonrió con dulzura.

—¿Y qué otra cosa pretendo yo que desviarnos por completo de la ruta habitual? Óigame bien, capitán; su deber primordial es procurar por la vida del pasaje y la tripulación, pero a mí la suya me importa muy poco. Lo crea o no, ahí fuera tengo un amigo que posee los suficientes conocimientos como para hacerse cargo de este cacharro. Así que ya lo sabe; haga lo que le digo o tiraremos su cuerpo al vacío por la escotilla de escape.

Lawton hizo rechinar sus dientes de rabia.

—¿Y después?

—¿Dónde tiene usted los mapas, capitán?

—Ahí detrás, en un compartimiento...

—Muy bien; de momento, ejecute ese viraje que le he dicho; después le indicaré el lugar exacto donde debe dirigirse.

—Al menos, podrían atender a mi copiloto —pidió Lawton.

—Una cosa muy puesta en razón —aprobó Norbert—. Martin, llévatelo de aquí y mira a ver qué se puede hacer por el muchacho.

—O. K., Gus.

CAPÍTULO V

Gus Norbert había faroleado al decir que tenía un compinche que conocía el manejo del avión, pero, claro está, Lawton no sabía el detalle. Por ello confiaba en que el piloto no cometería ninguna imprudencia, con el fin de intentar rescatar su aparato, manteniéndole así bajo la continua amenaza de hacerle relevar... después de muerto.

Burbank volvió después de haber sacado el cuerpo del copiloto. Norbert estaba examinando los mapas de la región. Al fin, tras un atento examen, marcó con un lápiz un pequeño círculo en determinado punto, y se lo entregó al piloto.

—Diríjase hacia aquí directamente. Aterrizará en este punto, cuando lo haya alcanzado.

Lawton protestó vivamente:

—Pero ese terreno es muy montañoso. No hay espacio para que el avión pueda rodar sin estrellarse, antes de haber recorrido doscientos metros.

—Haga lo que le digo, capitán. ¿O prefiere que sea mi compañero el que efectúe el aterrizaje?

—Es una locura, una locura —murmuró Lawton, meneando la cabeza.

—Deje que sea yo el que califique mis propios actos. ¡Martin!

—¿Sí, Gus? —contestó el otro forajido.

—Siéntate en el puesto del copiloto y mantén al capitán bajo vigilancia. Si ves que el aparato se desvía una sola pulgada del rumbo que sigue actualmente, mátale.

Burbank sonrió perversamente.

—Será un placer, Gus —dijo, con acento que heló las entrañas de Lawton.

A continuación, Norbert abandonó la estancia, deteniéndose bajo el dintel de la puerta, con la pistola en la mano.

Milly Donlevy atendía al copiloto, el cual se quejaba sordamente. Shanthé se había recuperado ya, aunque todavía parecía bastante aturdido. Los que más serenos estaban eran los dos jóvenes, Ryburn y Helen Blassett.

Por contraste, Hellford estaba nerviosísimo.

—¡Señor! —exclamó, arrojándose casi sobre Norbert—. ¿Qué es lo que pretenden ustedes? No tengo dinero apenas, soy un modesto comerciante de Seattle, pero si lo desean, puedo ofrecerles unos miles...

radiotelegrafiaré a mi banco y...

Norbert apoyó su mano izquierda en la redonda y sudorosa faz del tembloroso individuo, y lo arrojó contra la butaca más próxima.

—Siéntese ahí y no vuelva a moverse sin mi permiso —dijo con voz cortante.

La papada de Hellford temblequeó.

—Soy un modesto comerciante —lloriqueó—. Nunca he hecho mal a nadie... Puedo ofrecerles dinero...

Hichs le encaró el cañón de la metralleta.

—Cierra el pico, saco de grasa, o te haré callar para siempre, ¿estamos?

Hellford se encogió en su asiento. Acto seguido, Norbert se sentó negligentemente en el brazo de la butaca anterior a la que ocupaban Ryburn y Helen.

—¿Señorita Blassett?

—Sí, diga —contestó ella con voz reposada.

—Me llamo Norbert —el forajido sonrió—. Bueno, al menos, ese es el nombre que empleo por ahora. Úselo usted también, se lo ruego.

—No entiendo por qué he de usarlo —dijo Helen tranquilamente—, pero, en fin, si gusta de explicarse...

—Lo sabrá enseguida, señorita Blassett. Usted es rica, muy rica, y tiene todo lo que a nosotros nos falta: dinero.

—Ah, entiendo —exclamó la muchacha—. Se trata de un secuestro.

Norbert sonrió complacidamente.

—Celebro su rapidez de comprensión, señorita. Efectivamente, es un secuestro. En el momento en que despegaba el avión del aeropuerto de Seattle, un amigo mío echó al correo una carta, dirigida a su administrador, míster Spaulding. El señor Spaulding goza de su plena confianza y, además la aprecia mucho, por lo que no hallará gran dificultad en reunir el millón y medio de dólares que pedimos por su rescate.

La muchacha se sobresaltó.

—¡Millón y medio!

—Justamente. Ni un centavo menos. Pero ¿de qué se asombra usted, señorita Blassett? Esa suma es una futesa para usted, ¿no es cierto?

Helen apretó los labios.

—Dudo mucho de que Spaulding acceda a entregar el dinero.

Norbert rio perversamente.

—El señor Spaulding empezará a sacar dinero de los bancos como un loco, ya que en la carta se advierte que en caso de no hacerlo así, su lindo cuerpo sufrirá un corte radical a la altura del cuello. Y le advierto que no bromeamos, ¿me ha comprendido?

—Yo, sí —dijo ella, estremecida—. Solo deseo que Spaulding comprenda también.

El forajido río de nuevo.

—El hombre que maneja las empresas Blassett no es un tonto, y comprenderá. Al instante, señorita.

—Pero ¿y qué hará usted mientras tanto?

—Por indicación mía y bajo nuestra vigilancia, el capitán Lawton está dirigiendo el aparato hacia un lugar solamente conocido de nosotros, donde esperaremos tranquilamente a que nos traigan el dinero... Entonces, usted y sus restantes compañeros de viaje, incluida la tripulación, quedarán libres para partir hacia Helena o donde más les agrade. Ya sabemos —agregó—, que reunir un millón y medio de dólares en billetes pequeños no es cosa fácil, por lo que le hemos concedido al señor Spaulding un plazo de cinco días, contando el de hoy. El dinero vendrá en un helicóptero pilotado por ese amigo nuestro, en el cual nos marcharemos nosotros. Ah, y, por supuesto, la carta dirigida al señor Spaulding contiene las consabidas advertencias de guardar silencio, no informar a la policía... en fin, lo acostumbrado en estos casos, usted ya me comprende.

Ryburn intervino bruscamente:

—Perdone usted, señor Norbert, pero yo tenía que dar una conferencia en Helena, a las tres y media de esta tarde. Su decisión me va a originar graves trastornos.

Norbert le miró fríamente.

—Los asistentes a la conferencia se alegrarán de no tener que soportar el formidable rollo que usted se disponía a soltarles.

—Pero...

—¡No me objete más! —gritó Norbert, poniéndose repentinamente en pie—. ¿O quiere que le arroje por la escotilla de escape, a ver si así puede llegar a tiempo para su conferencia?

—Está bien, no se enoje. Solo quería hacerle comprender mis puntos de vista.

—Que son, precisamente, diametralmente opuestos a los míos —se burló Norbert—. De todas formas, la conferencia se suspenderá apenas se conozca la catástrofe.

Ryburn se alarmó.

—¿Qué catástrofe? —exclamó.

—El radiotelegrafista envió un mensaje, diciendo que teníamos dificultades con un motor. En ese instante se suspendió la transmisión bruscamente. ¿Qué cree que habrán pensado en Seattle?

Ryburn quedó consternado.

—Mi madre —exclamó—. Creerá que he muerto en el accidente.

Helen le miró con simpatía.

—Tenga ánimos, Ken.

El joven meneó la cabeza.

—Esta es una situación completamente nueva para mí, Helen.

—También para mí —sonrió ella. Norbert estaba hablando con Hichs, a dos pasos de distancia—. ¿O es que cree usted —añadió— que estoy habituada a que me secuestren una vez por mes?

Ryburn se esforzó por sonreír.

—Oh, claro que no, por supuesto —lanzó un profundo suspiro—. ¡Esperaba tanto de esta conferencia!

—A ver, cuénteme usted, Ken. ¿Sabe? lo que me dijo sobre la tensión de los cementos resultó interesantísimo. ¿Qué sucederá si no pronuncia la conferencia?

—Iban a asistir los componentes del consejo directivo de una de las más fuertes empresas de construcción de Helena —se lamentó el muchacho—. Tienen grandes proyectos... y si los míos les hubiesen agradado, me habrían concedido el puesto de director técnico. Un buen empleo, indudablemente.

Helen sonrió.

—No se preocupe, Ken; ya verá cómo todo se arregla a última hora. Solo es preciso tener confianza en Dios... y en uno mismo también, por supuesto.

—Admiro su fe —suspiró él—. Ojalá salga todo bien, pero, mientras tanto, mi madre estará pasando un rato muy amargo.

Helen calló. Para tales palabras, no encontraba alegato alguno.

Mientras tanto, Milly Donlevy seguía atendiendo al copiloto.

El cuerpo de Parkass estaba tendido sobre una butaca que se había hecho extensible. Harry había cesado de gemir y respiraba afanosamente. La azafata restañó la sangre que brotaba de la herida, que había cubierto con unos algodones mojados en desinfectantes y sujetos a la frente con unas tiras de cinta adhesiva.

—Está muy mal —dijo, terriblemente pálida—. Debe tener el cráneo fracturado. Necesitaría un médico urgentemente.

Norbert levantó uno de los párpados del herido. Frunció el ceño al observar la terrible contracción de las pupilas. Parkass padecía algo más que un simple desvanecimiento. «Ese idiota de Burbank le arreó demasiado fuerte», pensó; pero no expresó sus pensamientos en voz alta.

—Lo siento —dijo duramente—, pero no podemos desviarnos de nuestra ruta. Haga por él lo que pueda y le hayan enseñado; es lo más que puedo permitirle.

Hellford se encogió aún más en su asiento. «En cualquier momento, nos cortarán el cuello a todos», pensó, aterrorizado.

Delante de él, Hichs, manteniéndose con la metralleta, sacó una pastilla de goma de mascar del bolsillo y, tras arrancar el envoltorio con los dientes, se la echó a la boca. Di Prato jugueteaba distraídamente con una pistola que parecía un obús de artillería.

El radiotelegrafista permanecía sentado en la butaca, con las uñas

clavadas en el acolchado de los brazos de la misma. Sus ojos ardían de ira, pero sabía que si hacía un movimiento sospechoso, aquellos forajidos lo acribillarían a tiros, sin la menor piedad. Érale forzoso permanecer en el mismo sitio, sin moverse, buscando algo para salir de aquella peligrosa situación, pero no la hallaba, por más esfuerzos que hacía.

Los motores del avión sonaban sincrónicamente, con ritmo completamente normal. Cortando el momentáneo silencio que se había producido en el departamento de pasajeros, Norbert dijo:

—Iron, Carlo, vigila bien. Voy un momento a la cabina a ver cómo marcha todo.

* * *

Wes Adams y Mark Ozette se detuvieron, una vez alcanzado el término de la carretera, en un angosto valle casi completamente rodeado de montañas, de altísimos farallones, excepto por uno de sus lados, hacia el sur, en que había un paso abierto, de unos trescientos metros de anchura.

El fondo del valle era casi completamente liso, formando una especie de planicie cubierta de verde hierba, de unos ciento cincuenta metros de ancho por seis o setecientos de largo. La planicie tenía una ligera inclinación hacia el sur, inclinación que no excedía de un cinco por ciento en ninguno de los casos. Al lado opuesto, hacia el norte, se divisaban varios amontonamientos de rocas, algunos de los cuales alcanzaban dimensiones verdaderamente enormes.

El camino concluía al final del prado, junto a las rocas. Oculta entre estas y unos abetos de buena altura, de tal modo que apenas resultaba visible, se divisaba una cabaña de troncos.

—Bien —resopló Adams, fatigado a causa del esfuerzo de llevar las provisiones y las armas—, ¿qué te parece?

Ozette parecía algo más descansado, no mucho. Pese a su aparente fortaleza, uno de los ejercicios que menos había hecho en su vida había sido el de caminar a pie. Ahora llevaban ya tres días ocultándose entre las montañas, después de abandonar el coche robado, que habían arrojado por un barranco, y los resultados de tales caminatas se dejaban sentir en su organismo.

—¿Para qué diablos querrían venir esos dos tipos a la cabaña? —masculló.

—Eso no importa ahora —dijo Adams, empezando a cruzar el ángulo nordeste del prado, en dirección a la misma—. Lo bueno es que hemos encontrado un magnífico escondite.

Llegaron a las rocas en un minuto y pasaron al otro lado, deteniéndose frente al refugio, cuyo aspecto indicaba abandono y falta de cuidados. Pero el estado, en general, era bueno.

Adams dejó en el suelo los objetos que transportaba y sacó la pistola. Levantó el pestillo con la mano izquierda y penetró en el interior.

Cinco minutos después salía y agitaba la mano con aire satisfecho.

—Entra, Ozette, no hay nadie.

Los dos hombres se acomodaron en la cabaña. Estaban dispuestos a pasar en ella una larga temporada.

—Dentro de un par de días volveremos al barranco y traeremos más latas —decretó Adams.

—Lo que yo siento es no poder disponer de un aparato de radio.

—¿Para qué? ¿Para enterarte de lo que dicen de nosotros? —contestó Adams despectivamente—. Eso no serviría más que para darte continuos dolores de cabeza. Así estamos bien. Ah, y no se te ocurra encender fuego durante el día; el humo se ve a gran distancia.

—Por la noche, sí, ¿verdad? —dijo Ozette con cierta ansiedad.

—Desde luego, pero cerrando bien las ventanas y contraventanas. Si actuamos con cuidado, podemos permanecer aquí no cuatro sino ocho semanas, hasta que se hayan olvidado de nosotros. Ahora, vamos a limpiar esto un poco y a acomodar las latas de conserva.

Los dos fugados estuvieron trabajando durante un buen rato. Al cabo de una hora, el interior de la cabaña quedó lo suficientemente adecentado para poder habitarla sin demasiados remilgos. Entonces, Ozette dijo que tenía hambre y que se iba a comer otro par de latas de carne.

—No —prohibió Adams.

Ozette enarcó las cejas.

—Pero ¿por qué, Wes? —preguntó en tono casi infantil.

—Escucha, pedazo de tonto; si empiezas a comer a todas horas, en dos días nos habremos quedado sin provisiones, ¿estamos? Todavía no hace dos horas que te comiste el contenido de tres latas, así que hasta las seis de la tarde, ninguno de los dos vamos a probar bocado.

—Eso parece un racionamiento de guerra —se quejó Ozette.

—Oye —dijo Adams—, ¿y qué te figuras que estamos haciendo? Vamos, vamos; sé un poco más comprensivo y recuerda que hace dos horas no tenías otra comida que la hierba del suelo.

—Está bien —rezongó Ozette—, pero una lata, por una sola vez...

Adam iba a soltar un exabrupto, muy fastidiado por la falta de comprensión de su compañero de fuga. Pero en el mismo momento se oyó un ruido extraño.

El forajido agarró el rifle y salió a la puerta de la cabaña, mirando hacia arriba, de donde venía el inconfundible estruendo de los motores de un avión, oculto todavía en la capa de nubes que velaba el sol.

Súbitamente, el avión se hizo visible.

—¿Nos estarán buscando? —preguntó Ozette ansiosamente.

Adams frunció el ceño.

—No. Es un avión de pasajeros... —la mandíbula le colgó
repentinamente—. ¡Cristo! ¡Se dispone a aterrizar aquí!

CAPÍTULO VI

Ben Lawton, el piloto, dijo:

—Necesitaría un ayudante para la maniobra de aterrizaje. Mi copiloto...

—Su copiloto sigue sin conocimiento —masculló Norbert—. Dígame usted lo que tengo que hacer y yo le ayudaré.

Lawton apretó los labios.

—Usted no es un experto.

—Ya lo sé, pero con un par de indicaciones será suficiente para entenderle rápidamente. Vamos, capitán; no perdamos el tiempo. Los pasajeros ya tienen los cinturones atados.

Lawton arrojó una mirada hacia abajo, estremeciéndose al ver el revuelto panorama de montañas, en donde los picos afilados como cuchillos y los barrancos de profundidad insondable se sucedían con aterradora monotonía. Sin embargo, había un espacio libre, cubierto de hierba, que parecía completamente llano, apto para la toma de tierra de un avión.

—Es muy corto —se quejó.

—Pues no hay otro sitio donde aterrizar. Y usted aterrizará ahí —dijo Norbert incisivamente.

—Está loco. Nos vamos a matar todos. ¿Es que no se da cuenta de que lo que está haciendo es una insensatez? —bramó el piloto.

Norbert crispó la mano en torno a la culata de su pistola.

—Repórtese, capitán. No me critique; es algo que no me gusta. Usted ocúpese de la maniobra del aterrizaje y deje el resto para mí. ¿Qué diablos puede ocurrir? Hay setecientos metros de pista; lo más que puede pasar es que el aparato se rompa el morro contra aquellas rocas, pero un choque así, no hará gran daño a nadie; todos estamos sujetos por las correas.

—Está bien —Lawton rezongó algo entre dientes, mientras ladeaba el avión para dar otra vuelta sobre el terreno de aterrizaje y estudiarlo mejor desde el aire—. Fíjese bien en esa esfera y vaya diciéndome las cifras que aparezcan sucesivamente. Es el indicador de velocidad en nudos, ¿estamos?

—Sí, capitán. ¿Qué más?

—Esa palanca baja los «flaps»... no sé si sabe qué son los «flaps». Cuando vea en esa esfera que la aguja llega al número quince, detenga el movimiento de la palanca.

—Muy bien. ¿Alguna otra cosa?

Lawton reflexionó brevemente. Tendrían que sacar el tren en el último momento, lo cual proporcionaría al avión un suplemento de velocidad nada conveniente. Pero dado el ayudante de que disponía, no estaba en situación de hacer otra cosa.

—Esta otra es la palanca que saca el tren. Cuando yo diga: «¡Tren fuera!», usted la baja de golpe. ¿Estamos?

—Muy bien. Se expresa usted con claridad meridiana.

—Y, finalmente, vea esos pedales, delante de los del timón. Si le ordeno frenar, clávelos a fondo; necesitaremos el freno de las ruedas... y aun así, no sé si nos estrellaremos.

Norbert rio desagradablemente.

—Usted es demasiado buen piloto para consentir en una cosa semejante, capitán Lawton. Tanto como la vida de sus pasajeros, le importa la suya propia. ¿Esas son todas las instrucciones?

—No. Queda la última —Lawton señaló una palanca con mango de esfera rojo que había en el techo de la cabina—. Este es el mando del encendido de los motores. Cuando se lo ordene, usted debe moverla; de este modo disminuirémos el riesgo de una explosión.

—Muy bien. Ahora, ¡abajo!

Lawton movió ligeramente la palanca hacia la izquierda, a la vez que empujaba un poco el pedal del timón de dirección con el pie derecho. El bimotor se ladeó a la vez que perdía altura.

—No se olvide de citarme las cifras del velocímetro. Es lo más importante. Yo no podré perder un segundo en mirarlo.

—Muy bien. Ahora está a ciento noventa.

Lawton asintió con la cabeza. Todavía tenía que realizar un viraje de ciento ochenta grados antes de decidirse a enfilar el terreno de aterrizaje.

Pensó con cólera en aquellos desalmados, a los cuales no les importaba poner en riesgo unas cuantas vidas humanas, con el fin de conseguir un dinero que ninguno hubiera ganado honradamente, aunque hubiese vivido cien años. En aquel momento, deseó ardientemente haber tenido un solo minuto de libertad para aplastar la cara a puñetazos al hombre que ocupaba el puesto del pobre Harry Parkass.

—Ciento ochenta —dijo Norbert de pronto.

—Saque los «flaps». No se olvide, a quince grados.

* * *

Sentados en dos butacas contiguas, Ken Ryburn y Helen contemplaban el suelo a través de las ventanillas.

—Esos hombres están locos —bisbiseó él—. Hacernos aterrizar aquí, en medio de las montañas.

—El capitán Lawton es un hábil piloto —dijo Helen, pálida pero serena—. Hará un buen aterrizaje.

—Dios la oiga a usted, Helen —Ryburn emitió una risita forzada—. Confieso que hasta ahora siempre creí que tales cosas solo pasaban en el cine o en las novelas; nunca imaginé que pudiera ocurrirme a mí algo semejante.

—Siento haber tomado este avión —manifestó la muchacha—. Quizá debí haber esperado a que reparasen el mío.

—Ya no puede volverse usted atrás —dijo Ryburn—. Además, a juzgar por lo que hemos visto, estos tipos debían tener planeado el secuestro desde hace ya mucho tiempo. Si no hubiera sido este avión, habría sido el suyo propio y, supongo, debe tener también una tripulación, ¿no?

—Sí, claro —concedió Helen.

—Bien, lo mismo habrían sido puestos en peligro otros inocentes. Así que, considerando la situación bajo ese punto de vista, es preciso resignarse.

Helen le miró con simpatía.

—Admiro su manera de pensar, Ken.

—Oh —sonrió él—, de nada vale oponerse a los acontecimientos, en cuanto que uno no los ha provocado o la situación es más fuerte que uno. Es como cuando llueve de repente y nos encontramos en descampado. Puede entonces argüirse que no debiéramos haber salido de casa, pero de otra forma, si pensáramos así continuamente, no podríamos efectuar el menor movimiento.

—Esa es una filosofía un tanto fatalista, Ken —opinó la muchacha.

—Fatalista, no, porque eso significa que hemos de dejarnos llevar por los acontecimientos en todo momento. Conformista, está un poco mejor expresado, ya que significa que podemos luchar, a veces, contra los eventos y aún modificarlos a nuestro antojo o a nuestras conveniencias; pero, en ocasiones, los acontecimientos son más fuertes que nosotros y debemos permitir que se produzcan. Esta es una de esas situaciones en que el conformismo y el fatalismo se mezclan hasta confundirse, lo cual no significa que yo, si pudiera, no trataría de evitar lo que está sucediendo. No es lo mismo lo que acabo de decir que, por ejemplo, un súbito desplome del aparato. Entonces sí que no me quedaría otro remedio que ser fatalista a la fuerza.

—Entiendo —dijo ella—. De todas formas, con cuatro sujetos armados hasta los dientes, no veo cómo vamos a poder luchar con éxito.

Ryburn sacó un pañuelo y empezó a limpiarse los cristales de las gafas.

—Ese es un acontecimiento susceptible de sufrir algunas modificaciones, Helen —manifestó reposadamente—. Oh, por supuesto, no se puede luchar contra esos bandidos a la manera de un toro, arremetiendo con la cabeza baja contra el matador. El instinto del toro, a veces, le dice

que la capa es un engaño, y entonces coge al torero, pero eso sucede en contadas ocasiones. En cambio, nosotros, podemos esperar lo necesario para buscar el momento más conveniente, y entonces atacar sin riesgo o con un mínimo de este.

Helen se sintió muy complacida ante la manera, de hablar del joven.

—¿Sabe usted, Ryburn? Más que ingeniero parece profesor de psicología. Nunca había oído hablar a nadie de esa forma, se lo aseguro.

El joven iba a decir: «Ha llevado usted una vida demasiado cómoda para meterse en profundidades», pero se abstuvo; hubiera resultado una incorrección.

—He expresado, simplemente, mi forma de pensar, Helen. Pero —agregó repentinamente—, creo que ya nos disponemos a tomar tierra.

El avión perdía altura rápidamente, enfilando el prado. En la cabina de mando, el capitán Lawton tenía la frente llena de sudor.

Pasaron unos segundos. De pronto, las ruedas tocaron la hierba.

El avión se estremeció de punta a cola. Rodó velozmente, a ciento veinte millas a la hora, devorando velocísimamente los metros de hierba. A derecha e izquierda, los muros de roca se confundían en una mancha ocre.

Ryburn puso su mano sobre la de la muchacha, como para darle ánimos. El aparato saltaba y crujía atterradoramente. Los amortiguadores del tren rechinaban de un modo horroroso. El morro subía y bajaba como si fuera la proa de una lancha a motor lanzada a toda velocidad. Los asientos se movían arriba y abajo como los de un «jeep» rodando a sesenta kilómetros por un campo recién arado.

En un santiamén, el aparato recorrió la mitad de la distancia. Lawton exhaló un grito:

—¡Los frenos de pie!

Norbert se había aferrado a la barra de profundidad. Estaba un poco asustado. Sus cálculos, se dijo en una décima de segundo, no eran tan exactos como había creído. No era lo mismo preparar una pista para una avioneta deportiva que para un aparato que pesaba decenas de toneladas.

Los frenos gimieron, reduciendo la velocidad del avión. El capitán Lawton tiró hacia sí de la barra, con todas sus fuerzas, a fin de ayudar con los timones de profundidad a la disminución de la velocidad.

El piloto advirtió que no podría evitar el choque contra las rocas.

—¡Fuera el gas! —aulló.

Norbert movió la palanca. Los motores se pararon en el acto, aunque las hélices seguían girando todavía.

En los últimos metros, los esfuerzos de Lawton consiguieron aminorar notablemente la marcha del avión. Pero no pudo evitar que el morro chocara con enorme estrépito contra unas rocas altas de seis u ocho metros, aplastándose en el acto y convirtiéndose en una masa de metal informe. El aparato crujió atterradoramente, se movió, se balanceó

pesadamente y al fin acabó por quedarse enteramente inmóvil.

Lawton abrió la ventanilla de su izquierda y aspiró el aire varias veces, olisqueando como un perro de caza. Hinchó el pecho; los tanques de gasolina no habían sufrido, con lo que el peligro de incendio quedaba eliminado.

Empezó a quitarse el cinturón. Entonces se le ocurrió mirar hacia la derecha. Sus ojos brillaron de pronto.

Norbert estaba medio derrumbado en su asiento. Agarrándolo por los pelos, le levantó la cabeza. Tenía en la frente una fuerte hinchazón, lo cual significaba que había recibido un fuerte golpe, que le privó de conocimiento.

Le registró rápidamente, desposeyéndole de la pistola. Sus ojos lucieron con furia. Estuvo tentado por un instante de pegarle un tiro en la cabeza, pero se refrenó; él no era ningún asesino.

Poniéndose en pie, se dispuso a abandonar el departamento.

En el mismo instante, se abría la puerta de comunicación con el de pasajeros.

—¡Eh, jefe! —exclamó Burbank—. Ya hemos...

Dejó de hablar al ver al piloto con una pistola en la mano. Lawton disparó de pronto, alcanzándole en el hombro izquierdo.

Burbank lanzó un aullido de rabia y giró a medias, empezando a derrumbarse hacia atrás. Forcejeó, tratando de sacar su pistola, pero Ben volvió a disparar, esta vez a la cabeza. Burbank estiró las piernas y se quedó inmóvil.

En el mismo instante, Lawton sintió en el pecho una serie de golpecitos. Una extraña debilidad invadió sus piernas. El tableteo de una pistola ametralladora le llegó desde una gran distancia.

Lentamente, dobló las piernas y se venció hacia adelante, muerto antes de que su sangre se confundiera con la de Burbank.

* * *

Escondidos tras unas rocas, Adams y Ozette presenciaron la maniobra de aterrizaje. El choque de la proa del avión contra los pequeños farallones resonó atterradoramente, obligando a los dos compinches a esconder la cabeza.

—¡Rayos! ¡Vaya tortazo! —exclamó Ozette cuando hubo cesado el estruendo.

Miraron hacia el avión, cuyo morro aparecía completamente aplastado. Después del estruendo del aterrizaje, un silencio absoluto se expandió sobre el lugar.

Adams se incorporó lentamente. El escondite que habían elegido dominaba ampliamente el panorama y podían ver la proa y el resto del

avión, aunque no lo que sucedía en su interior.

De pronto, sonó un disparo.

Adams se acurrucó rápidamente entre las rocas, en el instante en que se oía otro estampido. Casi en el acto, los dos aterrados compinches escucharon el fragoroso repiqueteo de una pistola, ametralladora.

Las manos de Adams se cerraron en torno al rifle de repetición que llevaba.

—Vaya matanza —comentó apagadamente.

Ozette apuntaba con una pistola hacia el avión.

—Wes —dijo ceñudamente—, te aseguro que no me dejaré coger vivo.

—Estoy contigo, compañero. Pero no hagas nada, por ahora; lo mejor será esperar a ver qué ocurre.

—Bien —aprobó Ozette—. De todas formas, el dedo me hace muchas cosquillas. ¿Comprendes lo que quiero decirte, Wes?

—Sí —Adams sonrió torvamente—. Esperemos; quizá alguien se lleve hoy una soberana sorpresa.

CAPÍTULO VII

Carlo di Prato se puso en pie y blandió la pistola amenazadoramente.

—¡Que nadie se mueva, si no quiere recibir una ración de plomo! —aulló.

Helen Blassett se tapó la cara con las manos. Ryburn sintió que su pecho hervía en cólera, pero comprendió que nada podía hacer, dadas las obvias intenciones de aquellos forajidos. Asió suavemente uno de los brazos de la muchacha y se lo oprimió varias veces, tratando de infundirle aliento.

Hellford no se atrevía a cambiar siquiera de postura, terriblemente espantado. Sudaba a mares, y sus labios se movían en un rápido bisbiseo. Nunca había sido demasiado devoto y, además, pertenecía a la confesión metodista, pero en aquellos momentos estaba invocando a todos los santos de la corte celestial para que le sacasen con bien de aquel amargo trance.

Milly Donlevy dominó el temblor de sus nervios. Cruzó la mirada con la del radiotelegrafista. Shanthé tenía los labios blancos de ira.

—Gramm, por favor, no haga nada.

Shanthé asintió pesadamente.

—¡Esos malditos! Han matado al capitán. Y Parkass morirá enseguida.

—Calla, por favor —le recomendó la muchacha, temblando de pánico.

Parkass se removió en aquel momento. Milly se desató el cinturón y se dispuso a atenderle.

Mientras tanto, Hichs había penetrado en el pasillo de acceso a la cabina. Se arrodilló, tocando los cuerpos yacentes en el suelo.

—Están muertos —masculló.

Y siguió adelante.

Norbert se movía en aquel momento. Hichs se le acercó y le sacudió por los hombros, sin ninguna consideración.

—¡Gus! ¡Despierta, rayos! ¡Gus!

Norbert se enderezó torpemente. Abrió y cerró los ojos varias veces, tratando de hallar el foco correcto de sus pupilas.

—¿Eh? ¿Qué diablos pasa? ¿Dónde estoy? —de pronto, al mirar a través del parabrisas, divisó las rocas a menos de dos metros de distancia —. ¡Rayos! ¡Hemos aterrizado!

—Sí —dijo Hichs entre dientes—. Hemos aterrizado.

Norbert miró hacia su izquierda. Soltó un atroz juramento.

—¿Dónde diablos está el capitán, Iron?

El forajido rio agriamente.

—Si no hubiera sido por mí —dijo—. El capitán te quitó la pistola y liquidó a Martin. Tuve que regarle la tripa con esto —señaló con una mano la metralleta que sostenía con la otra.

Norbert se soltó precipitadamente el cinturón de seguridad, mientras dejaba escapar por la boca una larga serie de horrorosas blasfemias. Luego, apartando a Hichs de un empujón, salió al pequeño corredor. Al ver los dos cuerpos tendidos en el suelo, renovó su repertorio de imprecaciones.

—Perdí el conocimiento, maldita sea —dijo, agachándose para recobrar la pistola. Recogió también la de Burbank, y se la echó al bolsillo—. ¡Pobre idiota! —fue su verbal epitafio.

Luego se asomó al departamento de pasajeros. Su mirada recorrió rápidamente el panorama.

—A ver, ustedes, los pasajeros —ordenó—, vayan hacia el final del aparato. Usted, el radiotelegrafista, también.

—Vamos, Helen —recomendó Ryburn en voz baja.

Hellford obedeció, sacudidas sus gelatinosas carnes por un continuo temblor. Shanthé se les unió en el acto.

—Escúchenme todos —dijo Norbert—. Ya han visto lo que le sucedió a un imprudente que creyó poder librarse de nosotros. Les recomiendo sean discretos, si no quieren seguir la misma suerte del capitán.

—¡Asesino! —le apostrofó Shanthé—. ¡Le colgarán por esto, se lo aseguro!

—No será usted el que me ponga la cuerda al cuello —respondió Norbert fríamente—. Y no vuelva a insultarme o le mataré como a un perro. Es mi última advertencia, ¿estamos?

—Gramm, por el amor de Dios, cállate —dijo Milly.

Norbert volvió sus ojos hacia la azafata.

—Señorita, abra la puerta, por favor.

—El copiloto...

—Déjelo ahí. Por mucho que haga, no conseguirá aliviarle por el momento. Abra la puerta.

—La distancia al suelo es grande y no disponemos de escalera supletoria para bajar —objetó la muchacha.

Norbert frunció el ceño durante unos instantes. De pronto, extendió la mano hacia Shanthé.

—Usted, venga aquí.

El radiotelegrafista obedeció en silencio, metiéndose en la cabina de mando, detrás del jefe de los forajidos. Shanthé se estremeció al ver el ensangrentado cuerpo de su comandante, pero no dijo nada.

Norbert señaló una palanca.

—¿Cómo se maneja esto?

—¿Por qué quiere saberlo? Estamos parados...

—¡Conteste! —rugió el asesino.

—Es preciso poner en marcha el servomotor auxiliar...

—Hágalo. Inmediatamente. Usted no es piloto, pero conoce el manejo de muchos aparatos.

Shanthe vaciló un segundo. Luego alargó la mano y movió una llave. Un tenue zumbido penetró al instante en la cabina.

Entonces, Norbert, con rápido gesto, bajó la palanca del tren de aterrizaje.

Se oyó un enorme crujido. Al replegarse el tren, estando el avión parado, toda la inmensa estructura se vino abajo de golpe, en medio de una aterradora serie de roturas y desgarrones que crispaban los nervios. La cabina onduló y se agitó como sometida a la acción de un mar proceloso durante unos segundos y luego se quedó quieta.

Después del estruendo de la caída, hubo una pausa de silencio. Norbert se apoyaba en el respaldo del asiento del piloto. Shanthe le miraba ceñudamente.

—Salga.

Los pasajeros se levantaban, derribados al suelo por la inesperada caída del aparato. Hichs gruñía, descontento:

—¡Podías haber dicho lo que ibas a hacer, diablos!

Norbert sonrió torvamente.

—Entonces, no habría resultado tan divertido. ¡Señorita Donlevy, abra la puerta! ¡Carlo, sal el primero!

El suelo estaba a medio metro del de la cabina de pasajeros. Di Prato saltó a la hierba y dio la vuelta, quedándose en actitud de vigilancia hacia los prisioneros.

Ryburn descendió a continuación. Ayudó a Helen a bajar y luego a Shanthe. En la puerta, Milly se volvió hacia adentro.

—El copiloto está...

—Déjelo dónde está —gruñó Hichs—. Salte.

Milly obedeció. Iron bajó y se apartó unos pasos, encañonando al grupo con su «Thompson». El último en bajar fue Norbert.

—Hay una cabaña al otro lado de las rocas. Vamos a guarecernos allí y permaneceremos hasta que hayan traído el dinero del rescate de la señorita Blassett. Ya han visto que no bromeamos en lo que se refiere a nuestra propia seguridad, así que procuren portarse moderadamente. En la cabaña hay ropas y alimentos, de modo que no habrá motivos para pasar hambre. Si acaso, nos aburriremos un poco, pero —añadió con maligna sonrisa—, ustedes por salvar la vida y nosotros por millón y medio, podremos dar por bien empleado ese aburrimiento. ¡Caminen!

Ryburn cogió del brazo a Helen.

—No le harán daño.

—Eso espero —respondió la muchacha—. Sin embargo...

Se interrumpió de pronto. Ryburn la miró, dándose cuenta de que, a pesar de las grandes gafas oscuras, el rostro de la muchacha expresaba cierta ansiedad.

—¿Le ocurre algo? —preguntó, solícito.

Helen movió la cabeza negativamente.

—No, gracias, Ken.

Siguieron caminando. Un minuto más tarde, se hallaban ante la puerta de la cabaña.

Entonces se oyó una voz:

—¡Hola, amigos! ¡Tiren todos las armas, si no quieren morir achicharrados!

En el mismo instante, Ken empujó a la muchacha y la arrojó al suelo para evitar las balas que a no tardar mucho, iban a silbar por todas partes.

* * *

Con los ojos desorbitados por el asombro, Adams y Ozette vieron descender del aparato a unas cuantas personas, cinco de las cuales quedaron formando grupo aparte, mientras que tres restantes les encañonaban con sus armas.

—¡Que me ahorquen si entiendo esto! —murmuró Ozette—. ¿Tú lo entiendes, Wes?

Adams frunció el ceño. En el primer momento, creyó se trataba de unos policías encañonando a unos prisioneros, pero pronto desechó la hipótesis y concibió otra distinta.

—No me extrañaría que se tratase de un secuestro.

—¿En qué te basas para afirmarlo, Wes?

—El aparato estaba bien. Es un avión de línea. No tenía por qué haber aterrizado aquí. Además, fíjate bien, veo dos uniformes, el de la azafata y el de un tripulante. Los disparos que escuchamos debieron matar al resto de la tripulación.

—¿Y por qué llevaban solo tres pasajeros? —inquirió Ozette, sumamente intrigado.

—No lo sé, pero te aseguro que pronto tendremos la respuesta. Para mí, que esos tipos han secuestrado a algún pez importante para pedirle un rescate.

Los ojillos de Ozette relucieron con un brillo voraz, codicioso.

—Hombre, si fuera eso que tú dices, nosotros... ¿Me entiendes?

Adams sonrió también. La perspectiva de hacerse con unos miles de dólares extra le agradaba sobremanera.

—Primero —dijo en voz baja—, vamos a ver si les sorprendemos. Luego, ya discutiremos con ellos los detalles de la operación.

—¿Y si no fuera un secuestro?

Adams palmeó la culata de su rifle con gesto significativo.

—Bueno, esto podría decidir muchas cosas, ¿no te parece? Espera a que lleguen a la puerta de la cabaña.

Transcurrieron unos segundos.

De pronto, el grupo apareció en la pequeña explanada que había frente a la puerta de la cabaña. Entonces, Adams apoyó su rifle en el hombro y lanzó un grito:

—¡Hola, amigos! ¡Tiren todas las armas, si no quieren morir achicharrados!

Y tras una corta pausa, que realizó deliberadamente, a fin de permitir que sus palabras penetrasen en la mente de los amenazados, añadió:

—Están cubiertos. No intenten nada peligroso. Permanezcan dónde están y mantengan las manos en alto.

CAPÍTULO VIII

Gus Norbert maldijo por lo bajo, mientras aflojaba los dedos y dejaba caer el arma al suelo. Luego levantó las manos por encima de su cabeza, dándose a todos los diablos.

Lo primero que se le ocurrió fue que el cómplice encargado de echar la carta al correo, pidiendo el rescate por Helen Blassett, les había traicionado. Pero eso era imposible, añadió casi en el acto, no porque el sujeto no fuese capaz de gastarles una jugarreta, sino porque la policía de Seattle no habría tenido tiempo de llegar hasta aquel lugar. Tratábase, sencillamente, de una casualidad, una maldita y condenada casualidad, resolvió finalmente, bramando de ira en su interior.

¿Y «El Pico» y Boundary? ¿Dónde diablos se habían metido? ¿Por qué no estaban aguardándoles ya en la cabaña, según habían convenido?

Dos hombres surgieron de pronto de entre las rocas, uno armado con un poderoso rifle de caza y el otro con una pistola automática. Norbert les contempló con curiosidad.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que pretenden? —inquirió.

—Poco a poco —respondió Adams, manteniendo el rifle en posición—. Aquí las preguntas las hacemos nosotros —agitó el arma—. Pónganse todos en hilera, uno a continuación de otro, que les veamos bien.

Ryburn se puso en pie y ayudó a Helen a levantarse. Respiró aliviado; el temido tiroteo no se había producido. Pero las esperanzas que había concebido se disiparon en un instante, apenas hubo contemplado los dos nuevos rostros que acababan de surgir ante sus ojos.

—Seguimos teniendo mala suerte —murmuró entre dientes.

—Recoge las armas, Ozette —ordenó Adams.

Norbert frunció el ceño. El nombre le sonaba. ¿Dónde lo había oído antes?

—Un momento —dijo—. Amigo, me gustaría hablar con usted a solas —se dirigió a Adams.

El evadido le contempló suspicazmente.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hacer un trato con usted.

—¿Qué clase de trato? —Adams no abandonaba sus recelos.

—No puedo hablar delante de tanta gente. ¿Por qué no nos apartamos un poco?

Adams arrojó una mirada al grupo. Luego movió el rifle.

—Bien, vayamos al otro lado de la cabaña. Pero ponga las manos detrás de la nuca, y no las mueva, si quiere seguir viviendo. Ozette, vigílalos y mata al que mueva una sola pestaña.

—O.K., Wes —el otro evadido se había apoderado de la «Thompson» y apuntaba con el arma a los recién desembarcados del avión.

Adams y Norbert se retiraron a una docena de metros. Entonces, Norbert explicó a Adams cuáles eran sus propósitos, aunque, precavidamente, habló solo de un millón de dólares.

—Cincuenta mil para cada uno de ustedes dos, si nos ayudan a vigilar a los prisioneros —concluyó.

Los ojos de Adams brillaron codiciosamente. Pero, siempre receloso, preguntó:

—¿Cómo sabré que puedo fiarme de usted, amigo?

Norbert alzó los hombros.

—No le queda otro remedio. Rayos, ¿es que no ha visto el avión?

—Sí, pero también puede tratarse de un aterrizaje forzoso.

—Vaya a la cabina y verá dos cuerpos... no, tres; el piloto, que mató a uno de mis hombres, y su copiloto, que intentó resistirse y tuvimos que abrirle la cabeza. Si eso no le convence, no le convencerá nada.

—Debieron ser los disparos que escuchamos después del aterrizaje —observó Adams reflexivamente.

—Así fue —respondió Norbert—. Vamos, ¿qué me contesta?

Adams le contempló durante unos momentos con gesto especulativo.

—¿Cuándo vendrá el dinero?

—Antes de una semana. Un amigo mío pasará a recogerlos con un helicóptero. Traerá el dinero y entonces le entregaré lo convenido.

—¡Una semana! —resopló Adams—. Demasiado tiempo.

—¿Cree que un millón de dólares se reúne tan fácilmente? Todavía es un plazo muy corto, pero lo recogerán sabiendo que, si no lo consiguen, le rebanaré el pescuezo.

—¿A quién va a rebanar el pescuezo? —quiso saber el evadido.

—A Helen Blassett, la muchacha de las gafas oscuras. Está podrida de dinero. Tiene más del que usted y yo podemos imaginarnos. Para ella un millón es como diez centavos para nosotros.

Adams silbó tenuemente.

—¡Vaya! —comentó admirativamente—. Bueno, volvamos.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Claro —dijo Adams. «Como llegue el millón —pensaba— no verás un céntimo».

Y Norbert, para sus adentros, albergaba idénticos pensamientos. «En cuanto te descuides, te volaré la cabeza, maldito».

Levantó la voz.

—¿Qué hacen ustedes por aquí? —preguntó en tono natural.

—Eso es cosa mía —respondió Adams ásperamente.

Salieron a la explanada. Norbert dijo:

—Bueno, recobraré mi pistola y...

El rifle de Adams se volvió de repente contra su pecho.

—Olvédelo, amiguito —alzó el tono de modo que todo el mundo pudiera oírle—. Estamos dispuestos a ayudarles en todo, pero no vamos a ser tan tontos que les dejemos sueltos con las armas en la mano.

Norbert emitió un rugido de ira.

—¡Ese no es el trato!

Los ojos de Adams brillaron peligrosamente.

—Escuche, amigo —contestó—, ahora, el que tiene la sartén por el mango soy yo, así que cierre el pico y no vuelva a despegarlo, si no se le pregunta, ¿estamos?

Norbert crispó los puños. De pronto, recordó un detalle.

Tenía en el bolsillo la pistola de Burbank. Adams y Ozette les habían hecho soltar las armas, pero no les habían registrado. Bueno, solo faltaba esperar la ocasión propicia.

Sonrió.

—Claro, claro. No faltaría más.

—Muy bien —ordenó Adams entonces—. A la cabaña, todos.

Shanthe soltó una risita.

—El cazador, cazado. ¡Esto se pone muy divertido!

—¡Cállese! —rugió Norbert.

El radiotelegrafista avanzó belicosamente hacia él.

—Ahora no está armado. ¿Qué cree que puede hacer contra mí, usted y yo con las manos desnudas? —y sin más, antes de que Norbert pudiera prevenirse, le arreó un fenomenal derechazo que lo derribó por tierra, con los pies por alto.

Ozette soltó una risita estúpida.

—¡Buen golpe! —elogió.

La cólera cegó a Norbert por unos segundos. Olvidándose de sus propósitos, echó mano al bolsillo de la chaqueta.

Adams dio un salto hacia adelante y le pisó el brazo, a la vez que ponía el cañón del rifle bajo su barbilla.

—De modo que tenías una pistola y te lo callabas, ¿eh? —barbotó, furioso. Súbitamente, movió el rifle y le golpeó con el cañón en un pómulo—. Debiera matarte aquí mismo, maldito bastardo.

—Hazlo —rugió Norbert, fuera de sí—. Hazlo, porque si no lo haces, te mataré en cuanto tenga una ocasión.

—¿Ah, sí? Pues bien, voy a complacerte.

Se retiró dos pasos y, apoyando la culata del rifle en su hombro, apuntó a la cabeza del caído.

Norbert se puso lívido. Toda su fanfarronería desapareció en un santiamén.

—¡No! —chilló, despavorido—. ¡Era una broma, Adams! ¡Solo una broma!

El fugitivo bajó el arma. Sonreía perversamente.

—Eres un tipo muy flojo —comentó—. Ponte en pie.

Vacilando, con el pómulo cubierto de sangre, Norbert se levantó. Shanthé rebosaba satisfacción.

—¿Por qué no le perforó el cráneo? —gritó.

Milly le tiró de la manga de su chaqueta.

—Por Dios, Gramm, cállate.

—La chica tiene razón, aviador —dijo Adams—. Cierra el pico o llevarás tú otra dosis de lo mismo —se dirigió a Norbert—. Date la vuelta y, cuando lo hayas hecho, saca la pistola que tienes guardada y déjala caer al suelo. Mi rifle te apunta directamente al occipucio, ¿estamos?

Bramando de ira, Norbert hizo lo que le decían. Entonces, Adams dio otra orden:

—Ahora, todos adentro.

Raptos y secuestrados penetraron en la cabaña. Wes cerró la puerta y miró a su compinche.

Le guiñó un ojo.

—Acércate, Ozette.

El fugitivo obedeció.

—Escucha... —y empezó a hablarle en voz baja.

Cuando terminó, los ojos de Ozette brillaban como carbones encendidos.

—¡No es posible, Wes! —exclamó.

—Norbert lo ha dicho, y no tenía, entonces, por qué engañarme.

—Pero ¿qué haremos cuando llegue el tipo con el saco del dinero?

—Tú, déjalo de mi cuenta —respondió Adams torvamente.

—Bueno, pero, mientras tanto, van a ser ocho días de aúpa.

—¿Y qué? Un millón, un helicóptero... ¿qué más diablos pides? Podemos llegar al fin del mundo con esas dos cosas, ¿no crees?

Ozette suspiró.

—Ojalá salga todo como lo piensas, Wes.

—Saldrá —dijo Adams con acento lleno de convencimiento.

En aquel momento, sonaron unos golpes en la puerta de la cabaña.

—Vamos a ver qué quieren esos tipos —exclamó Adams—. Mantén los ojos bien abiertos, Ozette.

—Descuida, Wes.

Adams abrió la hoja de madera.

—¿Qué pasa?

Era Norbert el que había llamado.

—Solo quería hacerle una pregunta, amigo.

—¿De qué se trata?

—Dos amigos nuestros. Tenían que esperarnos aquí.

—¿Era uno de ellos, por casualidad, un tal Dave, «El Pico»? —preguntó Ozette, por encima del hombro de Adams.

—Sí. El otro se llamaba Boundary.

Adams soltó una risita que heló la sangre en las venas de Norbert.

—No les esperen más. Se pegaron el gran tortazo con su camioneta.

Norbert se quedó sin respiración.

—¡Qué! —aulló.

—Así es. Están en el fondo de un barranco de más de doscientos pies de profundidad. Mala suerte para ellos —y acto seguido, Adams cerró la puerta bruscamente.

Sintiendo que las piernas le flojeaban, Norbert se dejó caer en una silla.

Entonces, Hichs le apostrofó con violencia:

—¡Tú y tus magníficos planes! ¡Nada podía fallar, todo estaba calculado al milímetro! ¡No se derramaría una gota de sangre, y ya hay dos muertos y otro que está muriéndose! ¡Dave y Jack, muertos también! ¡Tenemos que estar aquí una semana, y no contamos con una maldita miga de pan... y, por si fuera poco, esos malditos nos han desarmado y encerrado!

—Cállate, cállate —gritó Norbert, convulso y jadeante.

Los pasajeros se habían agrupado en un rincón. Ryburn consultó la hora; eran las doce y media. Le pareció mentira que en tres horas y media, desde que salieran de Seattle, hubieran podido producirse tantos acontecimientos.

Miró a Helen y sonrió con simpatía. Ella le correspondió.

—En cierto modo —dijo en voz baja—, la presencia de esos individuos no puede sino beneficiarnos.

Helen le dirigió una larga mirada. Oculta por sus gafas oscuras, la expresión de su rostro resultaba indescifrable.

—¿Usted lo cree así, Ken? —preguntó en el mismo tono.

—Claro. Se trata de la clásica pesca en río revuelto. Norbert y los suyos tratarán de recobrar la primacía perdida. Los otros se resistirán.

—Correrá la sangre, Ken —se estremeció Helen.

—Es posible. Quizá sea duro al hablar así, pero mientras sea la de ellos, para nosotros no tendrá ninguna importancia. Al contrario, solo beneficios.

—Sí, pero los de afuera estarán vigilando continuamente.

Ryburn sonrió.

—Según Norbert, el dinero de su rescate debe tardar cinco o seis días en llegar. Demasiado tiempo para que Adams y Ozette se mantengan en un continuo alerta. Fíjese en que deben ejercer una doble vigilancia, sobre ellos, y sobre nosotros. Resistirán dos, tres días, pero, inevitablemente, su

vigilancia acabará por relajarse. Entonces, Norbert y los suyos caerán sobre ellos, habrá una lucha y...

—Pero el avión está inutilizado —se estremeció Helen.

—Hay un sendero que desciende por entre las montañas —nuevamente volvió a sonreír Ryburn de aquella manera que tanto gustaba a la muchacha—. Todo será cuestión de caminar unas millas hasta encontrar lugar habitado.

—Me anima mucho oírle hablar así, Ken —suspiró la muchacha—. Seguramente, a estas horas ya habrán iniciado las gestiones de búsqueda, al ver que ha desaparecido el avión.

—Sí, pero dudo mucho que nos encuentren. El capitán Lawton fue forzado a ejecutar un viraje de noventa grados al sur. A juzgar por el tiempo transcurrido desde que nos desviamos de la ruta, esto es, desde el momento del asalto, calculo que habremos recorrido unas doscientas millas, si no más. Antes de que a los aviones de rescate se les ocurra volar por estos parajes, pasarán días.

—¿Y mientras tanto? —la voz de Helen sonaba desanimada de nuevo.

—Mientras acatemos sus órdenes, no nos pasará nada.

—Pero, imagínese que llega el dinero y que tratan de matarnos.

—Mire, Helen —dijo Ryburn sosegadamente—, soy un hombre de estudios y no de acción, quiero decir, que jamás me he visto metido en un ambiente de violencia. Sin embargo, puedo asegurarle una cosa: todavía no han empezado a disparar contra nosotros.

En aquel momento, Milly se puso en pie, cruzó la estancia y llamó a la puerta.

—Abran pronto —gritó—. Es urgente.

Miró a Norbert con expresión de infinito desprecio. Gus escupió a un lado.

CAPITULO IX

La puerta se abrió bruscamente. Adams miró a la azafata de malísimo talante.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hay un hombre gravemente herido en el avión. Es el copiloto —contestó Milly—. Desearía ayudarle en lo posible.

Adams reflexionó unos instantes.

—Bien —dijo al cabo—, nada más puesto en razón. ¡Ozette, acompaña a la chica!

—O.K... Wes.

—Deja aquí la metralleta, Ozette —indicó Adams—. Con una pistola tienes más que suficiente.

—Hombre...

—Haz lo que te digo. La chica no te va a hacer nada. ¿No es cierto, preciosa? —se dirigió a la azafata con torva sonrisa.

Milly envaró el gesto.

—Solo me interesa ahora la vida del copiloto —respondió secamente.

Ozette entregó la metralleta a Adams, el cual depositó su rifle, apoyándolo contra una roca. El primero comprobó la carga de la pistola, y luego se la guardó en la pretina del pantalón.

—Andando, preciosa.

Al quedarse solo, Adams escondió las armas en el hueco de dos rocas, cubriéndolas luego con unas matas, que arrancó a puñados, ignorante de que unos ojos atentos le estaban contemplando tras una de las ventanas. Al volverse. Di Prato escondió la cara rápidamente.

Acto seguido, Adams abrió la puerta de golpe y ordenó:

—Váyanse todos al fondo de la cabaña. Quiero hablarles un momento.

Norbert y sus compinches obedecieron en el acto, situándose a la derecha de Ryburn, el cual se hallaba en uno de los extremos de la fila. Helen estaba a su lado, y el radiotelegrafista y Hellford seguían a la muchacha.

Adams cerró la puerta de una patada.

—Tenemos ahí dos sacos con víveres —manifestó—. Puesto que la cosa va a durar unos cuantos días, será conveniente que empecemos a establecer un racionamiento que nos permita subsistir sin grandes daños. Yo distribuiré la comida y, lo advierto de inmediato, no toleraré que nadie

me formule la menor objeción. ¿Está claro?

Hubo una pausa de silencio, que Adams tomó como un asentimiento colectivo.

—Los dos sacos están ahí, en la habitación inmediata —siguió—. Ustedes dos —señaló a Ryburn y a Shanthé con el cañón de la metralleta—, sáquenlos inmediatamente. Y no intenten escapar, porque si no han salido en un minuto, dispararé contra la chica.

Ryburn miró al radiotelegrafista. Este asintió en silencio.

Los dos hombres penetraron en la estancia contigua, un amplio dormitorio con tres literas dobles.

Los sacos con las provisiones estaban apoyados contra la pared.

—Oiga —dijo Shanthé en voz baja—, ¿no se le ocurre ninguna idea para escapar de esa gente?

—Se me ocurren muchas, pero no la forma de ponerlas en práctica.

—¿Por qué?

Ryburn se había criticado en demasía al decir que no era hombre de acción. Cargó con el saco más pesado con toda facilidad.

—Porque ellos tienen armas y yo no, y porque las balas, hasta ahora, siempre corren más que el hombre más veloz.

Shanthé se quedó mirando al ingeniero con la boca abierta.

—Esa no es una respuesta —gruñó.

—Busque usted otra —respondió fríamente el ingeniero. Dio media vuelta y salió a la pieza principal.

Adams retrocedió.

—Saquen los sacos fuera de la cabaña. No tengo ganas de que me dejen sin comer.

Siempre bajo la amenaza del arma, Ryburn y el radiotelegrafista obedecieron.

—Vuelvan adentro —gruñó el evadido.

Los dos hombres regresaron. Ryburn consultó su reloj; eran ya la una y cuarto del mediodía.

Norbert, Hichs y Di Prato, estaban en un rincón, cuchicheando misteriosamente. Helen se había sentado en el extremo opuesto, junto al grueso Hellford, el cual respiraba con afán.

Ken se inclinó sobre el gordo con gesto solícito.

—¿Se siente mal, señor Hellford? —preguntó.

El comerciante movió la cabeza. Trató de esbozar una sonrisa.

—No. Me preocupa... lo que estará pasando mi pobre Dadie... bueno su nombre verdadero es Pauline, pero yo la llamo Dadie desde que nos conocemos. Es muy gruñona lo reconozco, pero en el fondo no deja de quererme. Quizá su carácter no se hubiera agriado tanto si hubiese tenido dos o tres chicos. Pero la única vez que podía haberlo tenido... se malogró... y el médico dijo que ya no podría tener más —suspiró con

fuerza—. Ha sido una lástima, verdaderamente.

Ryburn le dio un par de palmaditas en la espalda.

—Animo, señor Hellford; Su esposa se pondrá muy contenta cuando le anuncien, dentro de unos días, que está sano y salvo.

El comerciante hizo una lacia mueca.

—Ojalá —musitó desmadejadamente.

Ryburn volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Cómo se siente usted, Helen?

Ella sonrió con simpatía.

—Bien. No puedo quejarme hasta ahora, Ken.

* * *

Milly Donlevy subió al aparato y corrió hacia la litera donde estaba echado el copiloto. Sintió que la sangre le refluía del rostro al ver que tenía los ojos cerrados y aparecía completamente inmóvil.

—¡Está muerto! —gritó.

Una oleada de lágrimas brotó de sus ojos. Arrodiándose junto al cuerpo inerte, le desabrochó la camisa, poniéndole la mano en el pecho. El corazón había dejado de latir.

—Pobre, pobre Harry —gimió.

Detrás de ella, Mark Ozette contemplaba el interior del aparato con especulativa atención. Vio algunas valijas en los estantes laterales, y sintió la comezón de registrarlas para apoderarse de cuanto encontrase de valor en su interior. Sin embargo, rectificó bien pronto su primera intención; tiempo tendría, en todo caso más adelante. Ahora...

Sus ojos se fijaron en la figura de la azafata con repentino interés. Estudió con detenimiento los ricillos de la nuca, el delicado perfil de su rostro, la suave curva de los senos, la anfórica amplitud de las caderas, la pierna derecha, puesta al descubierto hasta bastante más arriba de la rodilla, debido tanto a lo ajustado de la falda como a lo forzado de la postura, la seda que cubría las piernas... Ozette sintió que la boca se le secaba súbitamente.

Algo rugió en su interior. Ozette no había sido hombre muy dominador de sus instintos y, además, en el momento de la fuga, llevaba cinco años sin ver a una mujer. El pulso se le aceleró súbitamente.

—Oiga —dijo con voz ronca.

Milly volvió la cabeza. Tenía las mejillas bañadas en llanto.

—¿Sí? —dijo, mordiéndose los labios.

—El... el tipo... ¿está muerto?

Parkass había sido envuelto en una manta después de ser sacado de la cabina. Milly se puso en pie y le cubrió la cabeza.

—Sí —contestó.

—Mala suerte para el pobre chico —comentó Ozette. A cada segundo que transcurría, Milly le parecía más y más deseable.

Miró en torno suyo. Era un bruto, pero no dejaba de poseer cierta astucia aldeana, que le había servido muy bien en ocasiones, cuando de conseguir algo que deseaba vivamente se trataba.

—Estas butacas... son extensibles. Por la noche se transforman en literas, ¿no es así?

Milly sacó un pañuelito del bolsillo de su chaqueta y se secó las lágrimas.

—Sí, así es —respondió.

—¿Cómo funciona esto? Me gustaría saberlo, para la noche, ¿comprende? Enséñemelo usted, señorita.

El tono de Ozette era inusitadamente dulce, pero Milly no lo notó. Se acercó a una de las butacas y, manejando la palanca, tendió el respaldo.

De repente, sintió un terrible escalofrío. Dos recias manos acababan de agarrarla por los brazos.

—No hagas ruido, no grites o te estrangulo —jadeó el evadido.

Milly se quedó aterrada. El ardiente hálito de Ozette la hirió en la nuca.

—¿Qué... qué es lo que quiere usted? —preguntó en voz baja.

Mark rio cínicamente.

—¿No te lo figuras, preciosa? —de pronto, con rápido gesto, la hizo girar en redondo y la arrojó de espaldas sobre la butaca extendida.

—No, no —gimió la muchacha.

—Calla, idiota. Es solo un momento.

—Déjeme, por favor —rogó Milly, aterrada al ver los ojos que lucían como brasas a unos centímetros de los suyos. El aspecto de Ozette era enteramente el de una bestia salvaje.

La muchacha forcejeó por liberarse. Empeño inútil; en las manos del evadido era poco menos que una pluma. El peso del enorme Ozette la aplastó contra la litera.

—Por favor —sollozó.

Los labios del forajido buscaron ávidamente los suyos. El aliento de Mark hedía, y Milly sintió una horrenda náusea en el estómago.

De pronto, cuando su resistencia iba a ser ya vencida, notó que un objeto duro le hacía daño en el pecho, sobre el esternón, un poco más abajo de los senos. La presión del objeto le obligó a derramar lágrimas de dolor.

Milly se dio cuenta de que era la pistola del forajido. Si pudiera apoderarse del arma... Perneó frenéticamente, tratando de liberarse de Ozette.

El rufián buscó ávidamente los labios de la muchacha. Cuando estaba a punto de alcanzarlos, ella ladeó la cabeza ligeramente y le mordió con todas sus fuerzas en un lado de la barbilla.

Ozette lanzó un sordo gruñido. El dolor del mordisco le hizo separarse ligeramente. Entonces, Milly metió la mano por debajo y asió la culata de la pistola.

Mark se dio cuenta del gesto de la azafata y agarró su muñeca. Era ya tarde; el disparo acababa de salir.

La bala entró en el cuerpo del bandido, un poco más abajo del estómago, antes del ombligo, y siguió una trayectoria descendente y oblicua, atravesando el paquete intestinal y alojándose cerca del hueso de la cadera, en el lado opuesto del cuerpo. Milly impulsó el disparador de nuevo.

Los dos disparos resonaron sordamente, apagados sus estampidos por la proximidad de la boca de fuego a la carne y, además, porque estaban protegidos por los propios pantalones del evadido. Los ojos de Ozette voltearon agónicamente en sus órbitas.

—¡Cristo! —jadeó—. ¡Me has matado!

Incorporándose ligeramente, levantó su mano derecha, sujetando la garganta de la muchacha, con ánimo de estrangularla. Milly apretó el gatillo por tercera vez. La pistola explotó casi silenciosamente.

—¡Oh, no! —murmuró Ozette.

Dio media vuelta hacia su izquierda y se desplomó sobre el pasillo del aparato.

Milly se incorporó rápidamente, con la pistola aún humeante en la mano. El bajo vientre de Mark aparecía empapado en sangre. Instintivamente, se miró la falda. La sangre no había pasado a sus ropas.

Milly se sintió aterrada. ¡Había matado a un hombre! ¡Y su compañero tomaría venganza de ella! Contempló el arma como un objeto extraño, destructor. Por un momento, ni siquiera la idea de que el forajido había intentado saciar en ella sus más torpes instintos fue suficiente para consolarla.

Trató de rehacerse y de pensar con coordinación. Los disparos habían sonado muy amortiguados. Era posible que Adams no los hubiera oído. Entonces, aún tenían una posibilidad de escapar.

Respiró hondo. En aquel momento, Ozette agitó las piernas con fuerza dos o tres veces. Luego, dobló la cabeza a un lado.

Milly se arrodilló junto al caído. Pensó que los tres balazos debían haber causado unos horrendos destrozos en su vientre. Tocó la carótida del evadido; el pulso ya no se percibía.

Se incorporó de nuevo. ¿Qué hacer?

Escuchó atentamente unos segundos. Ningún sonido llegó hasta ella.

Entonces se desabrochó la chaqueta de uniforme y la blusa, y guardó la pistola entre los senos, procurando luego disimular el bulto con un mejor ajuste de las ropas. Se atusó el cabello, imaginándose que debía estar terriblemente pálida. Era preciso aparentar normalidad. Se mordió los

labios unas cuantas veces, a la vez que se pellizcaba las mejillas para provocar el aflujo de sangre a su rostro. Luego, estirándose maquinalmente la falda, caminó hasta la portezuela y saltó al suelo.

Inspiró con fuerza, sintiendo en su carne el duro y frío contacto de la pistola. ¿Qué haría? No lo sabía... pero tenía la seguridad de que Gramm Shanthé se alegraría mucho de contar con un arma.

Moviéndose con paso natural, rodeó el aparato y caminó hacia la cabaña.

Adams le salió de pronto al paso, cruzándole la «Thompson» bajo el pecho.

—¿Dónde está mi compañero, preciosa?

Milly trató de calmar el alocado galope de su corazón.

—El copiloto está muerto —respondió con voz natural—. El otro dijo que se quedaba allí a preparar un poco de café.

Adams torció el gesto un instante. Luego bajó el arma.

—Está bien. Pasa adentro y no te muevas.

Milly alzó la barbilla. Abrió la puerta y penetró en la cabaña, dirigiéndose al rincón donde estaban los prisioneros.

—¿Qué tal sigue Harry? —preguntó el radiotelegrafista ansiosamente.

—Ha muerto.

Shanthé crispó los puños.

—Esos bastardos...

Ryburn extendió el brazo.

—Manténgase firme, Shanthé —dijo con acento persuasivo—. No cometa tonterías que luego tenga que lamentar. Es triste que haya muerto el copiloto, pero intentar vengarle, hallándose en condiciones desventajosas, es optar a hacerle compañía.

Shanthé inspiró fuertemente.

—Sí, creo que tiene usted razón.

—Además —dijo Milly, bajando la voz—, tengo una pistola.

Ryburn frunció el ceño. Los ojos del radiotelegrafista se dilataron.

—Milly, ¿te has vuelto loca?

—No; y baja la voz, Gramm.

Helen escuchaba con grandísima atención.

—Ozette, me refiero al sujeto con aspecto de gorila —siguió la azafata—, intentó... intentó asaltarme. Le quité la pistola y disparé tres veces contra él. Ahora está muerto.

—¿Tres veces? —repitió el radiotelegrafista—. Pero, ¿si no hemos oído nada!

Milly se estremeció al recordar la escena.

—Los disparos fueron hechos a quemarropa. Él estaba... estaba encima de mí.

—Entonces —dijo Shanthé jubilosamente—, disponemos aún de cinco

cartuchos. Suficiente para enviar a esos bastardos al infierno.

—Por favor, tengan mucho cuidado —recomendó Helen.

—*Miss Blassett* tiene razón —dijo Ryburn—. Es preciso obrar con toda cautela. Esos sujetos son unos desalmados, para los cuales la vida humana carece de valor. Esperen, se lo recomiendo.

—¿A qué hemos de esperar? ¿A que nos frían, sin darnos tiempo a defendernos? —gruñó Shanthé en tono belicoso.

Ryburn frunció el ceño con gesto de enojo.

—Muy bien. Tome la pistola de la señorita Donlevy, abra la puerta y salga afuera, disparando a diestro y siniestro contra Adams. Este es un experto en el manejo de las armas y, además de un rifle y varias pistolas, tiene una metralleta. ¿Cuál cree que sería su suerte, Shanthé? ¿Cuántos disparos ha hecho usted en su vida?

—El señor Ryburn tiene razón —intervino Helen—. Debemos esperar.

Shanthé miró a la joven, de mal talante.

—¡Claro! —gruñó—. A usted, eso no la importa en absoluto. Como, de todas formas, van a respetar su vida para obtener el rescate...

Ryburn agarró al excitado radiotelegrafista por el cuello de la chaqueta.

—O se está quieto o tendré que obligarle yo a que recobre la cordura, ¿me ha oído? Ni una sola palabra más, ni un gesto, hasta el momento preciso. Mientras tanto, calma y tranquilidad. Lo peor que podría ocurrirnos —concluyó—, es perder la cabeza.

En el rincón opuesto, Norbert, Hichs y Di Prato observaban intrigados la discusión de sus antiguos prisioneros.

—¿De qué diablos estarán hablando tan animadamente? —preguntó el italo.

CAPÍTULO X

Di Prato se puso en pie y miró cautelosamente a través de los sucios vidrios de la ventana.

—El tipo sigue ahí —bisbiseó.

Norbert se puso también en pie.

—Si pudiéramos encontrar el medio de alejarlo —murmuró.

—Las armas están guardadas en esa grieta —señaló el italiano—. Solo necesitamos un descuido de él para apoderarnos de la artillería.

Hichs inspiró con fuerza.

—Nada me gustaría más que volarle la sesera de un disparo —gruñó.

Norbert observó de pronto un detalle.

—¿Dónde está el gorila? Se fue con la azafata al avión y no ha vuelto.

—Estará saqueando los equipajes —comentó Hichs desdeñosamente.

Norbert juntó los labios.

—Hemos de buscar la ocasión propicia —musitó—. Esos tipos no pueden mantener la vigilancia continuamente. Un momento u otro se cansarán y entonces...

—Si seguimos vivos.

Norbert miró a Di Prato.

—¿Por qué dices eso, Carlo?

—Estamos sin comida, ¿no lo recuerdas?

El jefe de los secuestradores soltó una maldición.

—¡Pareja de estúpidos! ¡Mira que ir a despeñarse por el barranco! —miró hacia los otros prisioneros con rabia. Tenía la sensación de que el golpe que con tanto cuidado había planeado durante semanas enteras, se estaba viniendo abajo, por una fortuita concatenación de acontecimientos, completamente imprevisibles. La muerte de «El Pico» y Boundary, la inesperada aparición de Adams y Ozette... eran hechos con los cuales no había contado, por la sencilla razón de que no había esperado que se produjeran. Y, sin embargo, las complicaciones surgieron. Aunque confiaba en enderezarlo todo para que, al final, las cosas salieran tal y como las había planeado. Solo faltaba buscar la ocasión, eliminar a Adams y Ozette... y entonces, todo quedaría como al principio.

Helen Blassett se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la pared, y estiró las piernas. Ryburn se acomodó a su lado.

—Me gustaría poder ofrecerle un cigarrillo —sonrió él.

—No se preocupe... —Helen correspondió con otra sonrisa—. Tengo tabaco en el bolso, pero no siento deseos de fumar en estos momentos.

—¿Cree usted que su administrador conseguirá reunir el dinero del rescate, Helen? —preguntó Ryburn, de pronto.

La muchacha se encogió de hombros.

—Me imagino que sí, aunque —sonrió divertidamente— la cosa le va a doler notablemente. No puede imaginarse usted lo avaro que es ese hombre.

—Bien, pero en esta ocasión, se trata de su vida.

—Oh, claro, no faltaría más.

Ryburn hizo una corta pausa. Luego dijo:

—Para usted debe ser una emocionante aventura verse metida en un jaleo semejante. ¿No le había sucedido antes algo por el estilo?

—No, en absoluto —Helen seguía sonriendo—. No suelen raptarme todos los meses; ya lo dije antes.

—¿Y no se esperaba algo así?

La muchacha le dirigió una larga mirada.

—¿Por qué había de esperarlo, Ken? Entonces, no habría tomado el avión para dirigirme a Helena, sabiendo que iba a ser secuestrada, ¿no cree?

Ryburn se acarició la mandíbula.

—Por lo visto, le corría mucha prisa realizar este viaje.

—Debía asistir a la boda de una amiga que se casa, precisamente, a la hora en que usted iba a pronunciar su conferencia.

El joven se echó a reír.

—Nos esperarán en vano.

—A mí no me importa demasiado —manifestó Helen—. Oh, no me tenga usted por egoísta, pero me aburren ciertas fiestas en donde la gente pulula como las moscas sobre un pastel. Iba por puro compromiso, porque no me llamasen orgullosa; pero le aseguro que, de no haber sido por todas estas muertes, me habría sentido encantada de no asistir a la boda. Hombres por todas partes, mujeres ávidas de contemplarla a una, fotógrafos, periodistas ansiosos de cazar el último chisme de la celeberrima Helen Blassett. Le aseguro, Ken, que a veces resulta todo eso soberanamente enojoso.

—La popularidad y la fama, debidas a su posición, han de ser pagadas con alguna que otra incomodidad —filosofó Ryburn.

Helen apoyó la cabeza en la pared.

—¿Sabe? —dijo—. Muchas veces he pensado en abandonarlo todo y buscarme un buen marido; un hombre decente, trabajador, que me quiera,

y al cual yo quería entrañablemente, por supuesto; darle uno, dos o los hijos que vengan, y vivir apaciblemente, dejando transcurrir los años en un plácido sosiego, sin otras alternativas que las que suele imponer una vida matrimonial, feliz y dichosa; vivir los dos, y los que vinieran, en un lugar relativamente apartado, lejos del bullicio y de la conmoción de las urbes... Pero —añadió, sonriendo—, temo que mis sueños sean impracticables por el momento, Ken.

—¿Por qué no habían de verse realizados? Usted es joven y hermosa, Helen. Y, además, sus palabras denotan una gran sensatez y excelente sentido común, cualidades no demasiado frecuentes en mujeres que se encuentran en análoga situación a la suya ¿Por qué no iba a encontrar un buen marido, vamos a ver?

Ellaladeó ligeramente la cabeza.

—Olvida usted un detalle fundamental, Ken.

—¿Sí?

—Mi dinero. Oh, sería horroroso casarse con un hombre y descubrir más adelante que solo deseaba mi fortuna. Sufriría una espantosa decepción al verme luego obligada a separarme de él, se lo aseguro, Ken. Y, al menos, en este aspecto, yo soy terriblemente anticuada. Podría haberme casado ya hace mucho tiempo, pero no he querido hacerlo. El día en que me una a un hombre, será para toda la vida. Y debo ver en él algo que me diga que no me miente; de lo contrario, le rechazaré, aunque estemos ya al pie del altar.

—Usted, Helen —dijo Ryburn sentenciosamente—, padece una sicosis muy común en las mujeres de su clase. Todas, mejor dicho, casi todas, se imaginan que cada hombre que se les acerca a ellas, ve solo un lindo cuerpo que, en lugar de vísceras y huesos, encierra infinitas cantidades de billetes de banco. En su lugar, yo procuraría superar esa sicosis, si es que de veras ansía llegar a la vida matrimonial, y olvidar tales recelos, estudiando antes bien, por supuesto, al pretendiente. Pero no todas las mujeres ricas que se casaron con hombres pobres fueron infelices. Por regla general, eso solo ocurre a las que tienen un interior vacío y hueco, que viven para la diversión y el ocio, olvidando otros detalles fundamentales, como son el mutuo amor, la convivencia conyugal, la crianza de los hijos, la atención del hogar... El día en que usted supere su complejo, se casará con un hombre bueno y decente, y será feliz para siempre, se lo aseguro.

Ella le dirigió una mirada afectuosa.

—De verdad, Ken, nunca había oído hablar antes a nadie de una forma semejante. Parece usted más bien... ¿qué diría yo? un sicólogo o un experto en sentimientos humanos, mejor que un ingeniero.

—Es que los ingenieros también somos hombres, y usamos el cerebro para algo más que para realizar cálculos sobre la tensión de unas vigas de

cemento —rio él.

Impulsivamente, Helen alargó su mano y tomó la de Ryburn.

—Me reconforta mucho oírle hablar de ese modo, Ken —dijo, mirándole con expresión de viva simpatía.

* * *

Wes Adams lanzó un gruñido de rabia. ¿Qué diablos estaba haciendo Ozette, en el avión, durante tanto rato? El tiempo se le había pasado casi sin darse cuenta, concibiendo rosados planes para cuando tuviera en su poder el millón de dólares que le había anunciado Norbert. Por supuesto, que no pensaba repartir el botín con este y con sus compañeros. ¿A santo de qué iba a darles una participación en aquella fabulosa suma? Si acaso, le entregaría a Ozette un buen puñado de billetes, para pagar su ayuda cuando tuviera que mantener a los otros a raya. Pero, además, el dinero tendría una ventaja; conocía lo suficiente de las peticiones de rescate, para saber que todos quienes lo exigían, ordenaban fuese entregado en billetes pequeños, para su más fácil uso y, por contra, difícil identificación. ¿Cuánto abultaría un millón de dólares en billetes de cinco, diez y veinte? Un saco enorme, por supuesto, aunque...

—¡Ese maldito Ozette! —gruñó.

Se puso en pie, pues se había sentado en una roca, miró suspicazmente a derecha e izquierda. El avión estaba detrás de él. Levantando la cabeza, podía ver la parte alta de la cabina del piloto. Ozette llevaba ya mucho tiempo dentro del aparato. La chica había vuelto casi enseguida, ¿en qué diablos se estaba entreteniendo aquel maldito imbécil?

Retrocedió lentamente, sin dejar de mirar hacia la cabaña, a cuya puerta tenía constantemente encarado el cañón de la «Thompson».

—¡Ozette! —gritó.

Esperó unos segundos. Nadie contestó a su llamada.

Volvió a repetirla con idéntico resultado. Al ver que continuaba callado, lanzó una espantosa maldición.

—Ese condenado...

Retrocedió unos cuantos pasos más en sentido lateral. Ahora podía ver el aparato entero, apoyado de panza sobre el suelo. La escotilla quedaba al otro lado.

—¡Ozette! —bramó.

Arriba, en la cima de las montañas, las nubes, grises, ventrudas, corrían velozmente. Una ráfaga de viento silbó de pronto, con trémolos siniestros.

Súbitamente, Adams dio media vuelta y echó a correr. Rodeó la cola del avión y penetró de un salto a través de la portezuela.

Caminó lentamente a través del pasillo. De pronto, sus pies se quedaron pegados a la alfombra.

El cuerpo de Mark yacía en medio de un gran charco de sangre. Un poco más adelante, divisó un bulto cubierto con una manta.

Adams permaneció quieto un instante.

—Ha sido la azafata —se estremeció bruscamente—. ¡Y tiene la pistola de Ozette!

Giró sobre sus talones, y echó a correr. Saltó a la hierba y rodeó la cola del avión en sentido opuesto. De pronto, tropezó con un pedrusco oculto bajo el césped y cayó de bruces.

La metralleta se le escapó de las manos. Adams blasfemó, mientras se esforzaba por recobrar de nuevo la posición vertical, ignorante de que, en aquellos instantes, su pecho se hallaba en el centro exacto de la cruz filar de una mira telescópica.

* * *

Carlo Di Prato chasqueó los dedos de pronto.

—Se va al avión.

—Este es el momento —gruñó Norbert. Y cuando vio que Adams rodeaba la cola del «Convair», abrió la puerta y salió afuera, dirigiéndose a toda velocidad hacia el punto donde el evadido había guardado las armas.

Apartó los matorrales frenéticamente y extrajo el rifle. Movié el cerrojo y una bala saltó al aire. No le importó; aún debían quedar cuatro o cinco más en el depósito.

Empujó el cerrojo hacia adelante, situando el arma en posición de tiro. Detrás de él, Hichs y Di Prato se afanaban en recuperar sus pistolas.

—¡Escondeos bien, malditos idiotas! —les increpó violentamente.

Luego se corrió un poco a la izquierda, arrodillándose detrás de una piedra de escasa altura. Apoyó el rifle en la parte superior de la roca y esperó. Adams no podía tardar mucho en volver.

Sus suposiciones resultaron correctas. Este apareció segundos más tarde, corriendo desesperadamente. De pronto, tropezó con una piedra y cayó de bruces.

Norbert le dejó incorporarse, siguiendo sus menores movimientos a través de la mira telescópica del rifle. La distancia era de unos cincuenta o sesenta metros, pero el aumento del aparato óptico acercaba la imagen hasta situarla aparentemente a cuatro o cinco.

Wes se puso en pie. Norbert empujó el gatillo.

El evadido se estremeció bruscamente, como si le hubiesen propinado un puñetazo en el pecho. Mantúvose unos momentos en pie, vacilando espantosamente, mientras Norbert, con toda tranquilidad, recargaba el rifle.

Adams hizo un esfuerzo y recogió la metralleta. Gus situó la cabeza del forajido en el centro del colimador. Incluso permitió que Adams levantara

el cañón del arma. Entonces volvió a disparar.

El cuello del convicto evadido se dobló bruscamente hacia atrás, al mismo tiempo que una cosa salía revoloteando de su nuca, como un fragmento de trapo de color, entre rosado y amarillento. Aquella cosa cayó a dos pasos de distancia, sobre la hierba, casi al mismo tiempo que Adams, fulminado por el segundo disparo.

Norbert se puso en pie. Hichs echó a correr hacia el caído, ansioso de recobrar su metralleta.

—¡Cuidado! —gritó Norbert—. ¡Aún queda otro en el avión!

—Ya puede sujetarse bien los pantalones —masculló Hichs, al tiempo de recobrar su arma favorita.

Norbert se volvió hacia el italo.

—Carlo, vigila a los de la cabaña.

—O.K., Gus.

Siguiendo su carrera, Hichs penetró en el avión. Lo primero que vio fue el cuerpo de Ozette tendido en el pasillo, en medio de su propia sangre.

—¡Rayos! —exclamó. En aquel momento oyó pasos y se asomó—. Gus, el gorila está muerto.

Norbert frunció el ceño.

—Todo esto me parece muy extraño —examinó rápidamente al caído, y no tardó mucho en ver los terribles agujeros que Ozette tenía en el vientre—. ¿Quién diablos le mató a tiros?

—La azafata.

Norbert alzó los ojos hacia el rostro de su compañero.

—Pero... ¡si no hemos oído ningún ruido! —alegó.

Hichs tocó la camisa del muerto.

—Está chamuscada. Eso indica que la azafata le disparó a quemarropa. Así, las detonaciones resonaron muy poco.

—La azafata volvió sola. Es cierto —comentó Norbert en tono reflexivo. De pronto, se puso en pie—. ¡Ozette tenía una pistola!

—¡Y ahora está en poder de la chica!

Norbert dio media vuelta y echó a correr.

—Si se resiste —juró—, la mataré.

Hichs le siguió, empuñando su metralleta.

CAPÍTULO XI

Al oír los disparos, Ken Ryburn alzó vivamente la cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Shanthe atravesó la cabaña a todo correr y presencié el final de la escena.

—Han matado a Adams —dijo. De pronto, se volvió—. ¡Milly, dame la pistola!

La azafata vaciló.

Ryburn se interpuso entre los dos.

—Shanthe, no cometa tonterías.

—¡Esta es la ocasión de dominarlos! —rugió el radiotelegrafista.

—Ellos son tres, y están mucho más poderosamente armados. Procure pensar con sensatez.

Los ojos de Shanthe fulguraban.

—¡Sensatez! ¡El capitán Lawton está muerto! ¡Parkass ha muerto también! ¿Cree que puedo tener compasión de unos perros rabiosos? ¡Milly, la pistola!

Tremendamente nerviosa, la azafata se desabrochó la chaqueta y la blusa, y sacó el arma. Shanthe casi se la quitó de las manos.

—Por favor —rogó el joven.

Shanthe le apartó a un lado de un empujón, que lo lanzó contra la mesa. Ryburn estuvo a punto de caer, pero en el último momento se agarró al mueble.

Helen corrió, solícita, hacia él.

—¿Se ha hecho daño, Ken?

El joven sacudió la cabeza.

—No, pero ese sujeto tan terco... va a ponernos en un serio compromiso a los demás.

En aquel momento, Shanthe abrió la puerta. Di Prato regresaba a la cabaña. El radiotelegrafista disparó.

La bala se hundió a los pies del italo, el que pegó un salto lateral, contestando con otro disparo, cuyo proyectil fue a hundirse en uno de los troncos de la puerta.

Di Prato corrió zigzagueando hasta ocultarse detrás de una roca. Shanthe disparó dos veces más, sin conseguir el menor resultado.

Ryburn se arrojó sobre él y, agarrándolo por un brazo, tiró hacia adentro. El radiotelegrafista vaciló y cayó al suelo.

—Está loco —exclamó Ryburn, apoderándose de la pistola.

—Usted es el que está chiflado —vociferó Shanthé, lívido, descompuesto—. Es la mejor ocasión que nunca tuvimos para...

Los cristales de la ventana volaron de pronto en mil pedazos, a la vez que se oía en el exterior el rápido matraqueo de la «Thompson».

—Échense al suelo —recomendó Ryburn, predicando con el ejemplo.

Arrastrándose sobre los codos y las rodillas, se acercó a la puerta, que había quedado abierta de par en par, y la cerró de un manotón. La metralleta sonó de nuevo.

Los proyectiles penetraron a través de la destruida ventana, yendo a estrellarse contra la parte, alta de la pared opuesta, con tremendos chasquidos. Un cristal había quedado intacto y voló de repente en mil diminutos fragmentos.

Después hubo una pausa de silencio. Ryburn se incorporó y, agachado, caminó hasta situarse en el otro ángulo de la ventana, asomando ligeramente la cabeza.

Los tres forajidos se hallaban escondidos tras las rocas, a una docena de metros de distancia. Por encima de las piedras, se divisaba la parte superior del «Convair».

—¡Eh, los de la cabaña! —sonó de pronto una voz.

—¿Qué quiere usted, Norbert? —contestó el joven.

—Darles una oportunidad. Tire la pistola que tiene y entréguese. De lo contrario, les achicharraremos a todos.

El joven reflexionó durante unos segundos. Podía intentar establecer una especie de acuerdo con los secuestradores. A fin de cuentas, si ellos no podían salir, los otros tampoco podían entrar.

El único inconveniente estribaba en la comida, los sacos estaban al pie de las rocas, justo frente a la cabaña, de modo que si Norbert y los suyos querían comer, debían salir al descubierto. «Pero lo mismo nos pasará nosotros», se dijo, desalentado.

Volviéndose hacia adentro, preguntó en voz baja:

—Señorita Donlevy, ¿cuántos disparos hizo usted?

Milly se estremeció.

—Tres.

Ryburn hizo un cálculo. El radiotelegrafista había disparado también tres veces. Por lo tanto, quedaban dos cartuchos. Los forajidos tenían que conocer también el detalle.

Una bronca detonación sonó de pronto. El proyectil atravesó un tronco, yendo a estrellarse contra la pared opuesta.

—Los troncos resisten las balas de la «Thompson» —gritó Norbert—, pero no las del rifle.

Ryburn contrajo las mandíbulas. Los proyectiles del rifle de caza eran de alta velocidad. Podrían batirles cómodamente, hasta obligarles a la

rendición.

—¡Vamos! ¿Qué es lo que contestan? —gritó Norbert.

—Antes de nada, quiero conocer sus condiciones.

Norbert rio agriamente.

—¡Condiciones! ¡No sea estúpido, hombre!

—Muy bien —dijo el joven—. Nosotros no podremos salir, pero ustedes tampoco pueden entrar. Y ninguno de ambos bandos puede alcanzar la comida. ¿Qué le parece?

La confianza en sus propias fuerzas sufrió un rudo embate.

—De acuerdo; no podemos tocar los sacos de comida, pero usted ignora que a poca distancia hay una camioneta volcada con más conservas. Ah —rio alegremente el forajido—, y no eche en saco roto la cocina del avión, donde, además de comida, hay también agua. ¿Qué le parece?

Ryburn miró a sus compañeros.

Hellford estaba acurrucado en el suelo, con la cabeza oculta entre las manos, gimiendo como un chiquillo. Helen se mantenía serena, en tanto que la azafata abría y cerraba la boca convulsivamente.

En cuanto al radiotelegrafista, se mantenía en una actitud de hosco silencio, rabiando en su interior.

—Podemos resistir perfectamente algunos días —aventuró el joven.

—Nosotros no tenemos ganas de esperar tanto —dijo Norbert—. Escuche; si antes de quince minutos no se han rendido, incendiaremos el avión. Los tanques están medio llenos. ¿Se imagina entonces lo que pasaría?

Ryburn se estremeció. La situación del «Convair» era demasiado próxima para no temer el incendio de la cabaña, cuando estallasen los tanques y la gasolina ardiendo se derramase por todas partes.

—Ustedes no querrán hacer daño a la señorita Blassett —intentó el último esfuerzo—. No les pagarían el rescate.

—Oh, es que no sufrirá ningún daño. En el momento en que el aparato empiece a arder, ustedes escaparán por la ventana lateral del dormitorio. Y nosotros estaremos esperándoles allí, para tirarles como a conejos.

—Muy bien —dijo Ryburn—. A pesar de todo, quiero establecer unas condiciones mínimas para la rendición.

La respuesta de Norbert se demoró unos segundos.

—Expóngalas.

—Han de prometernos solemnemente no causarnos el menor daño. Después de todo, así como ustedes trataron de quitarse de encima a esos dos sujetos, era lógico que nosotros intentásemos hacer lo mismo.

—Eso está muy puesto en razón —contestó Norbert—. Tire la pistola por la ventana. Le prometo no tocarles, una vez se hayan entregado.

—¡Maldito idiota! —rugió Shanthé—. No lo haga. Esa gente no respeta la palabra dada.

—Tenemos que arriesgarnos. Es tonto seguir en una situación que no se puede mantener. Si incendian el avión, nos veremos obligados a abandonar la cabaña, y entonces quedaremos al descubierto. ¿Qué se imagina usted que harán entonces?

—Si me hubiera dejado a mí —masculló Shanthé, rabioso.

Ryburn no le contestó. Estaba muy ocupado quitando el cargador de la pistola, en el que había un cartucho. Luego tiró de la corredera y sacó el otro cartucho, que estaba en la recámara del arma.

Inclinándose un tanto, arrojó los cartuchos rodando hacia Helen.

—Guárdelos —indicó en voz baja.

La muchacha los escondió en su seno. Acto seguido, Ken volvió el cargador a su sitio y lanzó la pistola a través de la ventana.

—Ya pueden venir cuando quieran.

Esperó unos momentos. La puerta se abrió de golpe, impulsada por el pie de Norbert.

El forajido mantenía el rifle bajo el brazo, con el cañón en posición horizontal.

—¿Quién es el que ha disparado contra nosotros? —preguntó hostilmente.

—¿Tiene eso alguna importancia? —respondió el joven serenamente—. Ya nos hemos rendido, de modo que ahora no interesa la identidad del autor de los disparos.

Norbert se le acercó lentamente.

—Quiso hacerse el héroe delante de la millonaria, ¿eh?

—Jamás pasó por mi mente una idea como esa —dijo Ryburn—. Si estuviera usted en mi sitio, ¿no hubiese intentado escapar?

—Pero estoy en el lado opuesto —gruñó Norbert. De pronto, sin súbito aviso, lanzó el rifle hacia adelante, clavando el cañón en el estómago de su oponente.

Ryburn lanzó un gemido de agonía, a la vez que se curvaba hacia adelante. Gus movió el arma otra vez y golpeó la nuca del joven, derribándolo al suelo sin sentido.

Helen se adelantó vivamente.

—Usted prometió no causarnos el menor daño —dijo con gran vehemencia—. Eso que ha hecho es una indignidad.

Norbert la miró despreciativamente.

—¡Bah! ¡Podrida de dinero! —resopló. De pronto, movió la mano izquierda, pegándole un enorme empujón.

Helen retrocedió un par de pasos, tropezó con el pie de Ryburn y cayó al suelo. Al caer, se le escaparon las gafas, que se apresuró a recobrar y ponerse de nuevo, antes siquiera de preocuparse de su falda, que se le había remangado hasta la mitad de los muslos.

Hichs soltó una risita.

—¡Ji, ji! ¡Tiene unas piernas muy bonitas!

Helen se bajó las faldas, a la vez que arrojaba una dura mirada hacia el individuo.

Iron se volvió hacia Norbert.

—Gus, son ya cerca de las tres de la tarde. Creo que debíamos preparar algo de comida.

—Bueno, los sacos están ahí afuera. Saca las latas que creas necesarias.

—Podríamos traer también un poco de agua para hacer café. En la cocina del avión hay de todo —sugirió Hichs.

—La señorita Donlevy te acompañará —decretó Norbert.

—¡Ni hablar! —protestó la aludida vehementemente—. Ya fui una vez allí, y no quiero que me suceda...

—Usted mató a Ozette, ¿verdad? —exclamó Norbert en tono admirativo.

—Sí. Se portó como una sucia bestia conmigo —Milly señaló hacia Hichs—. Y no iré con ese ni aunque me arrastren de los pelos.

—Yo la acompañaré, *signorina* —dijo Di Prato—. Puede confiar en mí, se lo aseguro.

Milly vaciló, reluciente.

—Venga conmigo —insistió el italiano—. No le sucederá nada, se lo aseguro.

La azafata levantó su barbilla.

—Si piensa hacer algo malo conmigo, recuerde a Ozette —dijo. Y salió, taconeando vivamente.

Norbert se echó a reír.

—¡Brava muchacha!

Hellford se había incorporado y estaba sentado en una silla, mirando a todas partes con expresión aterrorizada. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Shanthé se hallaba apoyado en la pared, mirando en torno suyo, con aire entre irritado y desafiador.

Ryburn empezó a moverse. Ayudado por Helen, consiguió ponerse en pie. Torpemente, caminó hacia una silla situada en el lado opuesto a la entrada.

Shanthé le increpó en voz baja:

—¡Pedazo de estúpido! ¡Se lo tiene bien merecido!

Helen se enderezó vivamente. De pronto, con gesto brusco, alzó la mano y cruzó el rostro del radiotelegrafista, con una sonora bofetada.

—Los golpes que se ha llevado eran para usted —dijo coléricamente—. Asumió la responsabilidad de unas acciones que no había realizado, que había recomendado no realizar... ¡y todavía tiene la desfachatez de insultarle! ¿Qué clase de hombre es usted?

Shanthé enrojeció.

—¡Señorita Blassett!

—Oh, déjeme ya en paz —dijo ella, volviéndole la espalda.

El radiotelegrafista crispó los puños.

—Malditas millonarias —dijo entre dientes—. Se creen que por tener dinero, pueden hacer y decir lo que les dé la gana.

Helen no le contestó. Estaba muy ocupada atendiendo a Ryburn. Había extraído de su bolso un frasquito con colonia, parte de la cual había derramado sobre un pañuelo, el cual aplicó a la nuca del joven.

—¿Se encuentra usted mejor, Ken? —inquirió solícitamente.

Ryburn hizo una mueca. Luego esbozó una sonrisa.

—Sí, gracias —respiró hondo—. Esa colonia huele muy bien.

Helen le miró y sonrió también. De repente, se acordó de una cosa.

—Ken —susurró—, ¿por qué me hizo guardar los dos cartuchos?

—Silencio —murmuró él en el mismo tono—. Ellos no se han apercibido, por ahora. Guárdelos; pueden servirnos en un momento dado.

La joven asintió con leve pestañeo. Acto seguido, consultó su reloj.

—Son las tres y cuarto —suspiró.

CAPÍTULO XII

Gus Norbert vació su taza de café, y se reclinó en la silla, con aspecto satisfecho.

—Era hora de que llenase la tripa —dijo. Sacó tabaco y después de colocarse un cigarrillo entre los labios, arrojó el paquete sobre la mesa—. Que fume el que quiera —invitó magnánimamente.

En la chimenea, los troncos que habían servido para calentar el agua del café ardían alegremente. Las dos mujeres, Ryburn, Shanthé y Hellford se hallaban en un costado de la amplia mesa, en tanto que Norbert e Hichs se encontraban frente a ellos. Di Prato se había encargado de preparar la comida y trasteaba en el hogar.

—Bien —dijo Norbert—, creo que va a ser hora de que empecemos a hacer distribución de las literas.

—Supongo que a las mujeres nos destinará un cuarto independiente —exclamó Milly.

—Esa es una cosa que debo estudiar —respondió el forajido.

Shanthé le apuntó con el tenedor que aún tenía en la mano.

—Usted nos ha secuestrado. Hizo aterrizar el avión en este prado. ¿No teme que lo vean desde el aire los aviones de rescate?

Norbert se echó a reír.

—Mi querido amigo, cuando asesté este golpe, me previne contra todas las eventualidades. Está anunciado un frente nuboso que durará una semana o más. Mire por la ventana. Las nubes están a ras de las montañas. ¿Qué piloto se arriesgará a atravesar la capa que forman para arrojar un vistazo a lo que hay más abajo?

—Así que tenía planeado este golpe desde hace tiempo —dijo Helen con acento reflexivo.

—Sí. La idea se me ocurrió cierta vez que me vi obligado... por razones del «oficio», a pasar una temporadita escondido en esta cabaña —contestó Norbert cínicamente—. En tiempos perteneció a un tipo rico, que solía venir aquí los fines de semana con su avión. Sus herederos, por lo visto, no sienten la menor inclinación por la vida campestre. Lo cual significa que no hay cuidado de que nadie aparezca por estos andurriales. Cuando yo estuve aquí, hace ya de ello bastantes meses, pasé tres o cuatro escondido, sin que nadie se acercase a echar un vistazo al lugar.

—¿Cómo se llamaba el sujeto? —preguntó Helen.

—Walton P. Clarence. ¿Por qué lo dice?

—Oh, curiosidad, simplemente. Pero, siga, siga; su conversación se está haciendo muy interesante, señor Norbert.

—Poco más tengo que añadir —sonrió el forajido—, excepto que, una vez elaborado el plan, solo faltaba buscar la ocasión propicia. Los periódicos de Seattle anunciaron profusamente su partida hacia Helena, señorita Blassett, ¿no?

Helen asintió en silencio.

—Entonces, compramos todos los pasajes, menos dos que ya habían sido adquiridos, con harta inoportunidad, por cierto. El resto ya lo sabe usted.

—Señor Norbert —dijo la muchacha—, ¿cree usted que podrán escapar con el dinero del rescate?

—¿Y por qué no? Todo está previsto. Una vez venga el helicóptero con el dinero...

—Señor Norbert —preguntó Helen con infinita dulzura—, usted ha solicitado por mi rescate la cantidad de millón y medio de dólares.

—Sí, es cierto.

—Muy bien. El señor Spaulding, mi administrador, reunirá ese dinero, no hay duda. En cambio —Helen apoyó la barbilla en su mano, a la vez que miraba de hito en hito al forajido—, a mí me asaltan otras dudas respecto a un nuevo asunto.

—Hable usted —gruñó Norbert—. Me disgustan las dilaciones. ¿De qué duda usted?

—De la fidelidad de su amigo. Me refiero, naturalmente, al que tiene que recoger el dinero. ¿No teme usted que la vista de millón y medio de dólares haga olvidar a ese individuo todo sentimiento de amistad y compañerismo?

Sobrevino un dramático silencio.

De pronto, Hichs golpeó la mesa con el puño, haciendo bailar los cubiertos que habían sido transportados desde el avión.

—¡Rayos! ¡La chica tiene razón, Gus! ¿Y si Daimon se «larga» con la «pasta» y nos deja aquí plantados?

—Daimon es buen amigo mío... —empezó a decir Norbert.

—Con millón y medio por delante, las amistades desaparecen, Gus. De nuevo volvió el silencio.

—Uno de nosotros podría ir a Seattle para encontrarse con Daimon —sugirió Di Prato.

—Carlo tiene razón —apoyó Hichs la propuesta de su compinche.

Norbert paseó la mirada en torno suyo.

—Iré yo —dijo.

—Un momento, un momento —exclamó Hichs—. También a ti podría ocurrírsete la idea de dejarnos aquí plantados y sin la «pasta».

—¿Quieres ir tú? —preguntó Norbert agresivamente.

Helen cruzó su mirada con la de Ryburn. El joven aprobó silenciosamente el gesto de la muchacha. La introducción de un elemento de duda entre los forajidos era una jugada muy hábil y astuta, que a la fuerza debía sembrar la discordia entre ellos.

—Por la misma razón —dijo Di Prato—, yo podría ser el elegido.

Norbert juntó las manos e hizo crujir los nudillos.

—Hay un remedio infalible para solventar este asunto —expresó.

Por primera vez, Hellford parecía haber perdido el miedo y escuchaba atentamente el poco cordial diálogo entre los forajidos.

—¿Cuál? —preguntó Hichs con avidez.

—La suerte. El que gane de los tres, irá a Seattle.

—Sí, pero... ¿cómo diablos salir de aquí? —preguntó el italiano—. La población más cercana es Blue Falls, y está a quince millas. Además, el puente...

—Deja el puente en paz —dijo Norbert ásperamente—. El que vaya, irá a pie y luego buscará el modo mejor de trasladarse hasta Seattle —miró su reloj—. Son las cuatro y cuarto de la tarde. Hay todavía tres horas de luz, por lo menos. Saliendo ahora, el que sea puede llegar a Blue Falls antes de las diez de la noche, sin matarse a correr. Una vez en esa ciudad, alquilará un coche o buscará el medio más rápido para dirigirse hacia Seattle, eso es todo.

—Todo, no —gruñó Hichs—. Esto no entraba en nuestros planes, y tú lo sabes bien, Gus. No veo razón alguna para modificarlos.

—Existe una —rezongó el forajido.

—Me gustaría saber cuál.

—Simplemente, que lo mando yo. ¿No te parece razón suficiente?

Hichs enseñó las palmas de las manos.

—Muy bien, así se hará. ¿Cómo efectuamos el sorteo?

Norbert reflexionó unos instantes.

—Por el sistema de la paja más larga. El que la saque; irá a Seattle.

—Conforme —dijeron Hichs y Di Prato a una. Y el sorteo subsiguiente favoreció al primero de los dos.

—¿Tienes dinero, Iron? —preguntó Norbert.

—Hombre. Dame algunos billetes, no me vendrían mal del todo —respondió Hichs.

Norbert metió mano en el bolsillo y extrajo un puñado de billetes, parte de los cuales recibió Hichs. Este entregó su metralleta a Norbert, y el rifle pasó a poder del italiano. Iron se llevaba una pistola.

Norbert extendió su dedo hacia el agraciado.

—Si nos traicionas, juro que iré a buscarte, aunque estés en los mismísimos infiernos, y te arrancaré la cabeza del cuerpo con mis propias manos.

—Con setecientos cincuenta mil en el bolsillo —dijo Ryburn de pronto—, yo no iría al infierno, precisamente.
Norbert le dirigió una rápida mirada.
—Iron es mi amigo —gruñó.
—Antes se habló de que el dinero rompe todos los sentimientos de amistad y lealtad, Norbert.
—Yo no haré eso —dijo violentamente el aludido—. Volveré, Gus; te lo aseguro.
—Será mejor para ti que lo hagas. Anda, vete ya.
Hichs se marchó sin decir adiós siquiera.

* * *

La pareja de recién casados, que viajaba en el coche, lanzaron al unísono una exclamación cuando vieron el puente destruido.

—¡Vaya! —dijo el marido—. Esto no lo sabía yo.

La esposa se asombró.

—Es la primera noticia que tengo. Me habían dicho que el puente se hallaba en buen estado, Robert.

El hombre abrió la portezuela y se apeó, acercándose al borde del barranco. La mujer, una joven esbelta y muy agraciada, le siguió momentos después.

—¿Qué haremos, cariño? —preguntó ella.

El marido frunció el ceño.

—Es obvio que no podemos pasar, amor —respondió—. ¿Qué distancia hay de aquí a la cabaña?

—Milla y media, según mis informes.

—Lo de menos sería buscar un camino de descenso y ascenso para franquear la grieta —manifestó el esposo—. Pero es que llevamos demasiado equipaje, y tendríamos que dejar aquí la mayor parte. Dos semanas entre las montañas, de luna de miel, contigo, claro está, es algo que he deseado siempre; pero no me gustaría verte pasar demasiadas escaseces e incomodidades. Y supongo que tú pensarás lo mismo que yo.

Ella le miró cariñosamente.

—Claro. ¿No soy tu esposa?

El marido la abrazó riendo. Luego discutieron sobre lo que debían hacer.

—Tendremos que regresar a Blue Falls y pasar la noche allí. Telefonearemos para que nos envíen un helicóptero y nos pasen al otro lado, junto con el equipaje, ¿no te parece?

—Es una excelente idea, querido.

De pronto, el hombre divisó algo que le causó suma extrañeza. Arrodiándose junto a la orilla, miró hacia abajo.

—Cuidado, Robert —dijo ella—. No cometas imprudencias.

No contestó. Permaneció en tal posición durante unos momentos y luego se puso en pie, limpiándose maquinalmente el polvo de las rodilleras de los pantalones.

—El puente ha sido destruido intencionadamente.

La muchacha abrió la boca.

—¡Robert! —exclamó.

—No cabe la menor duda. He perforado demasiados pozos petrolíferos y usado demasiada dinamita como para no reconocer a primera vista los resultados de una explosión. Esos maderos —señaló el puente—, estaban indudablemente viejos, pero no lo bastante para hundirse por sí solos, a menos que hubiesen debido soportar un peso excesivo. Y en tal caso, el supuesto peso, un camión muy cargado, por ejemplo, estaría en el fondo del barranco.

—Hay un árbol abajo —apuntó la joven.

—Pero las huellas de dinamita siguen subsistiendo. Querida —dijo él—, esto no me gusta. ¿Por qué han interrumpido el camino?

En aquel momento, el viento trajo hasta los tímpanos de los recién casados el eco de un singular sonido. El joven enderezó el cuerpo.

—¡Un tiro! —exclamó.

—Robert —murmuró ella, apretujándose, temerosa, contra su marido.

Sonó otro disparo.

—Es un rifle —manifestó el hombre—. Conozco demasiado bien la detonación para no engañarme.

Casi en el acto, sonaron unos cuantos disparos más débiles. Al cabo de unos segundos, escucharon el inconfundible tableteo de una ametralladora, que hizo fuego por dos veces.

El hombre cogió a su esposa por el brazo.

—Hay alguien tiroteándose en la cabaña o en sus inmediaciones, a juzgar por el volumen del ruido de los disparos —expresó—. Volvamos inmediatamente a Blue Falls.

Subieron al coche, dieron media vuelta, con bastante dificultad, a causa de la estrechez del camino, y emprendieron la marcha de inmediato.

* * *

—¿Por qué usa esas gafas oscuras? —preguntó Norbert súbitamente.

—No creo que semejante detalle le interese demasiado —respondió Helen en tono de desdago.

—Usted tiene unos ojos preciosos, señorita Blassett. Es una solemne tontería tratar de esconderlos tras unos cristales de color.

—¿Cómo sabe usted que tiene los ojos bonitos? —preguntó Ryburn.

Norbert arrojó una fría mirada hacia el ingeniero.

—La he visto un par de veces en las revistas ilustradas, en las cubiertas, me refiero. ¿No publicaron su imagen una vez en *Life*?

—Sí.

Ryburn miró a Helen. La muchacha había palidecido y, casi por primera vez, se mostraba nerviosa y desconcertada. Era evidente que las palabras del forajido perturbaron su ánimo.

El joven observó que ella juntaba sus manos, tratando de disimular lo que hacía. Al separarlas, se dio cuenta de que había vuelto hacia abajo el anillo de oro que tenía en uno de sus dedos. Discreto, sin embargo, se abstuvo de manifestar la menor atención hacia aquel detalle.

—Vi su rostro en *Life*. Sus ojos me gustaron mucho. Tenían un maravilloso color de aguamarina, que me encantó de inmediato —expresó Norbert.

—Es usted muy amable —respondió ella en tono rígido, envarado.

—Traeré más café —dijo Di Prato repentinamente. Reavivó el fuego y añadió más agua a la cafetera.

Ryburn consultó su reloj.

—Son las cinco y cuarto. Hichs habrá recorrido ya alrededor de tres millas.

—Dispuesto a embolsarse millón y medio, en unión de su compinche de Seattle —intervino el radiotelegrafista.

Norbert le dirigió una mirada atravesada.

—Será mejor que se olvide de ese asunto, Shanthé.

—Ya, ya. De todas formas, como yo no he de percibir un centavo del rescate...

—Quizá porque no le hemos propuesto unirse a nosotros. Entonces, hasta es posible que nos ayudase a vigilar a los pasajeros del avión.

Shanthé exhaló una agria carcajada.

—¿Quién, yo? ¡Usted está loco! No les ayudaría, ni aunque fuese la propia señorita Blassett la que me ofreciese toda su fortuna. ¡Pandilla de rufianes!

Milly apoyó su mano en el antebrazo del radiotelegrafista.

—Gramm, repórtate, por favor.

—Suéltame —gruñó Shanthé, moviendo el brazo bruscamente.

Norbert le contempló durante unos instantes.

—Será mejor que cierre el pico, amigo —expresó con frialdad—. Podría olvidarme de mi compostura actual y darle una buena, ¿estamos?

Shanthé apretó los labios, pero no dijo nada.

Ryburn volvió a mirar su reloj.

—Las cinco y media.

Norbert se puso en pie.

—No se impacienta contando los minutos. Han de pasar todavía cinco días, por lo menos, antes de que nadie aparezca por estos andurriales.

Di Prato trajo la cafetera a la mesa.

—¿Hay quien quiera más café? —preguntó.

CAPÍTULO XIII

Gus terminó su pote de café y luego encendió un cigarrillo. Tomó su metralleta y se acercó a la ventana.

Pasaron unos minutos. El silencio era absoluto. Solo se oía, de cuando en cuando, el crepitar de unos troncos en la chimenea. Pese a que era verano, la altura impedía que hiciese demasiado calor y, por otra parte, la estancia era lo suficientemente amplia para que el que despedían las llamas no molestase demasiado a los habitantes de la cabaña.

—Señor Norbert —llamó de repente la azafata.

—¿Sí? —contestó el forajido, volviéndose a medias.

—En el aparato hay un receptor de radio a pilas. ¿Por qué no lo trae?

—Tiene ganas de distracción, ¿eh?

—Me gustaría conocer las noticias —respondió Milly simplemente.

Norbert vaciló un poco.

—Olvídese de la radio. No tengo ganas de acompañarla hasta el avión y que me haga lo mismo que a aquel bestia de Ozette.

Milly enrojeció.

—Fue en defensa propia —alegó.

—Claro, claro —sonrió Norbert—. Seguro que embrujó a Ozette con una miradita de sus lindos ojos. ¡Oiga! ¡Qué color tan bonito tienen sus pupilas! ¡Parecen casi iguales a las de la señorita Blassett!

—Deje ahora mis pupilas en paz —rezongó Milly, malhumorada.

Norbert se echó a reír.

—¿Le disgustan las comparaciones? —caminó lentamente y se acercó a la mesa, dando la vuelta hasta situarse junto a Helen—. Quítese las gafas. Siempre deseé ver sus ojos al natural, y todavía no he podido darme ese capricho.



—¡Quítese las gafas!

Helen se puso en pie. Estaba palidísima y respiraba afanosamente.

—¡No! —exclamó, con voz que parecía más un grito.

La resistencia de la muchacha pareció exacerbar los ánimos de Norbert.

—Quítese las gafas, he dicho —rugió—. ¡Quiero verle los ojos! ¿Me ha oído?

—¿Entra eso en las obligaciones de una secuestrada? —preguntó Ryburn.

Norbert volvió el cañón del arma hacia el joven, con gesto repentino.

—Usted me tiroteó antes, y yo no le tengo ninguna simpatía —dijo con voz tensa.

—El sentimiento es mutuo —respondió el joven, sin amilanarse.

Hubo un corto intervalo de silencio. De súbito, Norbert, actuando con gesto inesperado, levantó la mano izquierda y arrancó las gafas del rostro de Helen.

La muchacha lanzó un agudo grito y retrocedió un par de pasos. Ryburn se incorporó bruscamente.

—¡Quieto! —aulló Norbert—. ¡No se mueva o le lleno la tripa de plomo!

Ken quedó en pie, con las manos crispadas al borde de la mesa. Di Prato se hallaba a un par de pasos de distancia, apuntando a los demás con el rifle.

—Por favor —gimió Hellford.

Norbert estuvo mirando al joven durante unos segundos. Luego volvió la vista hacia Helen.

—¡Qué! —aulló súbitamente—. ¡Usted no es Helen Blassett! ¡Ella tiene los ojos azules! ¡Los suyos son pardos!

Helen respiraba ansiosamente. Su rostro tenía el color de la cera.

Norbert dio otro paso hacia ella, escrutándola detenidamente.

—Se parecen —comentó—, pero las facciones son distintas. Con las gafas, pudo engañarme. Sin ellas...

De pronto, levantó la metralleta y apoyó la boca del cañón en el pecho de Helen, entre los senos.

—¡Hable! —rugió—. ¡Contésteme! ¿Quién es usted?

Ryburn trató de dar la vuelta a la mesa, pero el rifle de Di Prato contuvo su gesto.

—Permanezca dónde está —la amabilidad había desaparecido del rostro del italiano.

—Dígame quién es o la mato —rugió Norbert.

—¿Tiene eso ahora alguna importancia? —Helen trataba de mantener su valor—. Puesto que, según usted, no soy Helen Blassett...

Norbert se volvió hacia Milly:

—¿La conoce usted? ¡Dígamelo, pronto!

La azafata vaciló:

—No he visto nunca personalmente a *miss* Blassett —eludió una respuesta concreta.

—¿Y usted, Shanthé?

El radiotelegrafista se encogió de hombros.

—Estoy prometido, así que la vida y milagros de Helen Blassett me

importan un rábano. Esté donde esté y sea quien sea, no me interesa...

—¡Cállese! —Norbert estaba desconcertado. Se dirigió a la muchacha —. ¿Por qué tomó el puesto de Helen Blassett?

—Es amiga mía, y me cedió el pasaje, puesto que yo tenía que desplazarme a Helena. Usted dio por sentado desde el primer momento que yo era ella... y dada la postura que habían adoptado, tuve miedo de negar mi identidad desde un principio.

—Y ese era el hombre que lo tenía todo planeado al milímetro —rió Shanthé sarcásticamente.

Norbert giró velozmente sobre sí mismo, y le golpeó en un lado de la cabeza con el cañón de la «Thompson». El radiotelegrafista lanzó un gemido y cayó al suelo.

—Iron tenía razón, Gus —se quejó Di Prato—. Todo ha salido mal desde un principio. Ahora, ni siquiera tenemos entre nosotros a la auténtica Blassett. ¿Qué haremos? —preguntó en tono lastimero.

Norbert reflexionó unos segundos.

De pronto se volvió hacia la muchacha.

—¿Dice que Helen Blassett es amiga suya?

—Sí.

El forajido sonrió torvamente.

—Entonces, con toda seguridad, ella no querrá que usted sufra ningún daño.

—Supongo.

—Bien, tendremos que modificar nuestros planes...

—¡Otra vez! —resopló el italiano.

—¡Cierra el pico! —barbotó Norbert. Consultó su reloj—. Escucha, son las seis menos diez. Vas a salir inmediatamente para alcanzar a Iron, y le dirás lo que ha sucedido.

—Entonces, desaparecerán los dos y no volverá ninguno sabiendo que la secuestrada no es la que pensaban —alegó Ryburn.

Los dos hombres se contemplaron en silencio durante unos momentos. Luego, lentamente, Gus volvió los ojos hacia Carlo.

—Serías capaz de marcharte y no volver, ¿verdad?

Di Prato juntó los labios, eludiendo una respuesta definitiva.

—Muy bien —resolvió Norbert—. Iré yo. Quédate tú.

—¿No le jugará usted la misma mala pasada que teme que los otros le hagan? —preguntó Ryburn. Era preciso continuar sembrando la duda en el ánimo de los bandidos.

—El chico tiene razón —dijo Di Prato. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Gus.

Este vaciló.

—Escucha, Carlo —expresó al cabo—. Voy a alejarme tan solo media milla. Dispararé varias ráfagas. Iron lo entenderá y regresará para

ayudarnos. Es media milla tan solo. Veinte, treinta minutos como máximo.

El italiano arrojó un vistazo a su reloj.

—Conforme. Pero te diré una cosa. Si dentro de treinta minutos, es decir, a las seis y veinticinco, no has vuelto, echaré a correr y dejaré sueltos a los prisioneros. Tu plan ha resultado una especie de operación del Doctor Maravillas —rezongó para finalizar.

—¿El Doctor Maravillas? —exclamó Norbert, desconcertado.

—Sí. Cada vez que tenía un fracaso en el quirófano, solía decir: «La operación fue un éxito». Pero el paciente se le había muerto.

Norbert hinchó el pecho. Ryburn se echó a reír, acompañado por Hellford, quien parecía haber recobrado parte del perdido valor.

—Está bien. Dentro de treinta minutos —giró sobre sus talones, abrió la puerta y echó a correr.

* * *

Ken Ryburn miró a Helen significativamente. Luego se apartó a un lado, yéndose hacia la chimenea. Di Prato estaba en la puerta, apuntándoles con el rifle.

Hellford movía los dedos sobre la mesa. Milly trataba de aliviar la hinchazón que el golpe recibido había causado en el cráneo del radiotelegrafista.

La muchacha se acercó a Ryburn, apoyándose en la repisa de la chimenea.

—Estoy segura de que usted sabía que yo no soy Helen Blassett. ¿Cómo lo adivinó?

—Lleva un anillo de sello, con las iniciales L. S. Al adoptar la personalidad de su amiga, se olvidó de quitárselo.

—Es usted muy observador. Así que lo supo desde un principio.

—Casi —sonrió él.

—¿Y no le importó?

—Al contrario. Yo diría que me alegró, Helen... Perdón, todavía no sé su nombre verdadero.

—Lisa. Lisa Spaulding. Helen y yo nos parecemos bastante, me refiero en el tipo, aunque tuve necesidad de teñirme los cabellos —son de color castaño y colocarme las gafas para ocultar el tono de mis pupilas. El anillo que llevo lo uso a veces para el lacrado de los sobres en la oficina de mi padre.

—El administrador de Helen. ¿Le pidió ella que tomase su puesto?

—En cierto modo. Solo tenía que asistir a esa boda, sin quitarme las gafas, por supuesto, y desempeñar su papel por unas horas. Conozco bien su vida y su forma de comportarse como para engañar a sus amistades durante un corto espacio de tiempo. El secuestro me sorprendió bastante,

la verdad.

—¿Por qué no declaró entonces su auténtico nombre?

—Tuve un poco de miedo a las consecuencias, créame. Luego, se hizo ya tarde para declarar la verdad. Norbert no lo hubiera sabido, de no haber sido por su insistencia en ver el color de mis ojos.

—A mí me gustan más así, Lisa —sonrió Ryburn.

Ella se sonrojó. De repente, se acordó de una cosa.

—Ken, todavía guardo aquellos dos cartuchos.

—Espere unos momentos. Cuando yo le haga una seña, échelos con disimulo a las brasas. Procure apartarse a un lado de la chimenea después.

Lisa movió los párpados en señal de asentimiento. Ryburn se separó situándose cerca de la ventana. Quería oír los disparos que efectuaría Norbert.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, el eco de una ráfaga de ametralladora llegó hasta sus oídos.

Entonces volvió la cara hacia Lisa. Movi6 la cabeza ligeramente.

La muchacha se arrodilló frente a la chimenea y fingió remover las brasas. Luego, con todo cuidado, arrojó los dos cartuchos dentro del fuego, hacia el fondo de la chimenea. Acto seguido, se separó unos pasos, situándose a un costado del mismo.

* * *

Iron Hichs caminaba a buen paso carretera abajo, echando mil pestes contra Norbert y sus planes. «Siempre hace lo mismo. Formula unos proyectos, jura y perjura que no pueden fallar... y luego, todo se va al diablo. Desde que sacó los pasajes, no hemos hecho otra cosa que sufrir reveses...».

Hichs estaba tan abstraído en sus amargas reflexiones, que no oyó el fragor de la primera descarga, ni se dio cuenta de que un automóvil ascendía por la carretera, hasta que lo tuvo casi encima. Entonces se detuvo, arrugando el entrecejo.

—Ese coche... —empezó a decir. Y de pronto, las dos puertas del vehículo se abrieron, dejando paso a otros tantos individuos de uniforme, armados con sendas pistolas.

—¡La policía! —exclamó Hichs, aterrorizado.

Uno de los policías le echó el alto.

—¡Eh, usted! ¿A dónde va por ahí?

El primer impulso de Hichs fue sacar la pistola, y llevó la mano derecha al interior de su chaqueta. Luego, rectificando, intentó huir.

Los policías dispararon. Uno, dos veces y el otro, una. Hichs rodó por el polvo de la carretera.

Los agentes corrieron hacia él, arrodillándose a su lado. Uno de ellos lo

volvió boca arriba. Hichs respiraba todavía.

Le desarmaron. Uno de los policías preguntó:

—¿Quiénes están en la cabaña?

Hichs movió los labios, cubiertos ya por una espumilla sanguinolenta.

—Están... —de pronto, una súbita convulsión recorrió su cuerpo. Sus ojos se inmovilizaron, a la vez que se relajaban sus miembros.

Los policías se pusieron en pie.

—Hay alguien en la cabaña —dijo el jefe de la patrulla—. Vamos a llamar por radio, para que dirijan aquí el helicóptero.

—Muy bien. Yo me quedaré —contestó el agente. En aquel momento, percibieron un raro sonido—. ¡Escuche, jefe, parece una ráfaga de ametralladora!

—Antes me pareció oír algo —contestó el otro policía—, aunque no quise decir nada. El ruido del motor... Bien, voy a llamar —y echó a correr.

* * *

Gus Norbert disparó su primera ráfaga. Esperó unos momentos.

Al cabo de medio minuto, quizá menos, oyó tres rápidos disparos.

Sonrió complacido. Iron le había oído. Esperó todavía un par de minutos, mientras encendía un cigarrillo. Luego, volvió a disparar otra ráfaga.

—Así verá que le necesitamos —dijo, dando media vuelta.

Emprendió el camino de regreso, sin apurarse demasiado. Cuando estaba a punto de alcanzar la cabaña, escuchó dos detonaciones.

—¡Ese idiota de Carlo! —bramó, apretando el paso, a fin de llegar cuanto antes.

CAPÍTULO XIV

Los cinco cautivos estaban sentados en torno a la mesa. Ryburn escribió unas líneas en un papel, fingiendo trabajar despreocupadamente.

Con suma precaución, pasó el papel de mano en mano.

«Cuando yo haga una seña, échense todos al suelo. Ahora, manténganse en silencio».

El papel circuló por la mesa. Di Prato les miró, extrañado, pero no dijo nada. Teniéndoles bien cubiertos con el rifle, estaba seguro de dominarles.

—Carlo —dijo Ryburn, de pronto. Los cartuchos debían estar ya a punto de estallar.

—¿Sí? —murmuró el italiano.

—¿Por qué no nos trae un poco de café? Usted lo hace muy bueno. A todos nos gustó mucho antes. ¿No es cierto? —preguntó a sus compañeros.

—Claro —dijo Milly—. Yo misma no lo sé hacer tan bien.

Di Prato remoloneó.

—¿Otra vez café?

—Cuando vuelva Norbert, le diré que no nos quiso atender —exclamó Ryburn.

—¿Y qué se figura que me hará?

—Arrancarle la cabeza a mordiscos —dijo Shanthé—. Ya que nos tiene prisioneros, al menos atiéndanos como es debido.

—Está bien. Pero no intenten nada. Soy muy rápido, ¿eh?

—Ninguno de nosotros siente el menor deseo de recibir un balazo —declaró Ryburn.

Con paso renuente, Di Prato se acercó a la chimenea, arrodillándose oblicuamente, de modo que pudiera vigilar a los prisioneros. Cambiándose el rifle de mano, buscó el atizador y hurgó las brasas. Por un momento, descuidó la vigilancia de los prisioneros. En aquel mismo instante, estallaron los dos cartuchos.

Un chorro de cenizas ardientes y brasas vivas saltó al rostro del italiano. Di Prato lanzó un aullido desgarrador.

En el momento en que se acuclillaba frente al fuego, Ryburn había movido la mano. Sus compañeros se agacharon bajo la mesa, justo en el instante en que sonaban los dos estampidos.

Ken fue el primero en ponerse en pie, abalanzándose sobre Di Prato, cuyo rostro estaba cubierto de sangre. Carlo aullaba frenéticamente.

Ryburn se apoderó del rifle. Antes de que pudiera hacer nada, intervino un personaje que había permanecido inactivo hasta entonces.

Hellford se sintió valiente de pronto. Tenía una silla en la mano y la volteó en el aire, estrellándola contra la cabeza del forajido. Sonó un terrible crujido y Di Prato cayó de bruces, fulminado.

—Lo he matado —dijo Hellford, aturdido, sintiendo que el valor le abandonaba de nuevo.

Shanthe se abalanzó sobre el caído y le desposeyó de una pistola.

—No se preocupe ahora por semejante minucia —dijo. Miró a Ryburn con gesto admirativo—. Un buen truco el suyo, amigo.

Ken examinó el rifle.

—Solo queda un cartucho.

—Yo tengo ocho —Shanthe blandió la pistola.

—Pero Norbert dispone de una metralleta —alegó Milly.

—Solo debemos entretenerle un poco. La policía no puede tardar ya mucho en venir —dijo Lisa Spaulding sorprendentemente.

Todos se volvieron a mirarla.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió Ryburn.

—Esta cabaña perteneció a Walton P. Clarence. Norbert lo dijo. Pero lo que ignora es que Helen Blassett es la heredera de Clarence y, por lo tanto, la cabaña le pertenece.

—¿Y eso que tiene que ver con nosotros? —preguntó el radiotelegrafista.

—Mucho —respondió Lisa—. Una de las razones por las cuales yo tomé el puesto de Helen, fue que esta se casó ayer tarde, en secreto, para huir de la publicidad. Tenían intención de venir hoy mismo a la cabaña, a fin de pasar en ella dos semanas de luna de miel.

—Y se habrán tropezado con Hichs —apuntó Milly.

Lisa movió la cabeza.

—Norbert dijo algo del puente, pero dejó la frase incompleta. A milla y media hay un puente. Seguramente lo destruyeron los cómplices que luego murieron despeñados. Cuando Helen y su esposo hayan visto el puente destruido, habrán retrocedido hasta Blue Falls para avisar a la policía... eso si no han oído alguno de los disparos.

Ryburn, se fue hacia la ventana.

—Debemos entretener a Norbert. Por lo menos, hasta que se haga de noche.

—¿Y si incendia el avión? —preguntó Milly trémulamente.

Ryburn efectuó un cálculo.

—Para llegar al aparato, tiene que cruzar un espacio despejado de casi cien metros. Si le hago un disparo de aviso, se esconderá... ¡Ahí viene!

—Espárese —gritó Shanthé.

—Espere —dijo el joven—. Prefiero parlamentar antes —levantó la voz—. ¡Eh, Norbert!

El forajido se detuvo instantáneamente. Aquella voz... ¡no era la de Di Prato!

Sin entretenerse más, dio media vuelta y echó a correr, guareciéndose en el borde del prado, donde había un pequeño desnivel en el punto donde el camino salía a terreno llano.

Ryburn se apartó de la ventana.

—¡Cuidado! ¡Va a disparar!

La «Thompson» tableteó. Los disparos cesaron súbitamente.

—¡Se ha quedado sin municiones! —gritó Shanthé con júbilo.

Ryburn adivinó las intenciones del radiotelegrafista.

—¡No salga! ¡Puede tener todavía una pistola!

—Yo también tengo otra —farfulló Shanthé.

—Quédate quieto —le increpó Milly—. ¿Cuándo vas a aprender a tener un poco de sentido común?

La voz de Norbert llegó de pronto:

—¡Eh, los de la cabaña!

—¿Qué ocurre? —preguntó Ryburn.

—Hichs llegará enseguida. Aunque hayan matado a Carlo, seremos dos contra ustedes.

—Disponemos de un rifle y de una pistola —contestó el joven—. Y usted se ha quedado sin cartuchos para su metralleta.

Norbert maldijo, pues era verdad. Solo disponía de ocho proyectiles, en tanto que los sitiados tenían otros tantos, por lo menos, más el rifle... ¿cuántos cartuchos quedaban en el rifle? ¿Uno? ¿Dos? Como fuera, el rifle era un arma de largo alcance y suma precisión. Con dos cartuchos, Ryburn podría alcanzarles a él y a Hichs fácilmente.

Levantó la vista al cielo. Aunque estaba nublado, la luz había disminuido. Eso le dijo que pronto llegaría el ocaso.

Reflexionó rápidamente. La secuestrada no era Helen Blassett. ¿Entregaría el dinero la auténtica, solo por salvar a su amiga?

Se sintió fracasado y miserable. Di Prato tenía razón. Era un Doctor Maravillas. La operación había resultado un éxito fenomenal... pero ellos se quedaban sin el millón y medio. Y con dos muertes sobre la conciencia: el piloto y el copiloto. Burbank, Adams, Ozette... estos poco importaban. Pero las autoridades no perdonarían la muerte del capitán Lawton ni la de Harry Parkass.

Decidió marcharse. Pronto sería de noche y podría esconderse. Más adelante, quizá planearía otra operación... otra que no fuese, pura y simplemente, un asalto a las nubes. «Sí, eso es lo que ha sido: un asalto a las nubes, de las cuales no podía obtener otra cosa que un poco de agua».

Una gota le cayó en el rostro. Se la limpió maquinalmente. Luego, empezó a volverse para emprender la huida.

En aquel momento, oyó el ruido de un motor. Levantó la vista.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Un helicóptero, se acercaba rápidamente al prado.

Poniéndose en pie, echó a correr. El helicóptero ostentaba en los costados los distintivos de la Policía del Estado de Oregón.

Un megáfono bramó de lo alto, intimándole a la rendición. Norbert apretó el paso, sabiendo que le iba la vida, si se entregaba. El capitán Lawton... el copiloto Parkass...

El ruido del motor ahogó casi los estampidos de una ametralladora manejada desde lo alto. Norbert siguió corriendo durante unos segundos todavía. De pronto, rodó por el suelo, convertido en un montón de harapos.

«Un asalto a las nubes, eso es lo que fue», pensó, mientras los goterones de lluvia formaban pequeños cráteres en el polvo, a escasos centímetros de sus ojos. Después, su mente se hundió para siempre en la absoluta negrura de la definitiva inconsciencia.

* * *

—El helicóptero les transportará hasta Blue Falls —anunció el teniente Sperrle, de la Policía del Estado.

—Yo me quedaré aquí, hasta que la Northwestair envíe un representante, cosa que hará mañana —anunció Shanthé.

—¿No podrían llevarme hasta Helena? —preguntó Hellford ansiosamente—. Mi suegra...

—Le pondremos en condiciones de buscar un medio rápido de transporte —ofreció el teniente Sperrle.

Milly echó a andar hacia el helicóptero. Ryburn y Lisa demoraron un poco su partida.

—La boda se habrá celebrado sin mí —dijo ella.

—Bien, no creo que a estas horas, los recién casados se preocupen de su ausencia. Por cierto, yo tengo que avisar a mi madre cuanto antes —manifestó él.

—Y a la Asociación de Ingenieros de Montana, recuérdelo —le advirtió Lisa.

Ryburn suspiró.

—La conferencia se habrá suspendido... y yo me he quedado sin un magnífico empleo. Probablemente —añadió, para no parecer demasiado presuntuoso.

—Hablaremos con Helen cuando regrese de su viaje de novios. ¿No le parece? —dijo Lisa.

Ryburn se detuvo para mirarla.

—Bueno, ¿quién sabe? En vista de las circunstancias de fuerza mayor, quizá pueda pronunciar mañana la conferencia. Luego volveré a Seattle... en tren, por supuesto.

Lisa se echó a reír.

—Los secuestros no son cosa de todos los días —dijo. De pronto sin saber por qué, se puso muy colorada.

—Lisa —dijo él—, ¿podré ir a visitarla cuando vuelva a Seattle?

—Claro. Pero con una condición.

—Aceptada —exclamó Ryburn ávidamente—. ¿Cuál es?

Ella le miró con expresión maliciosa.

—Que no me hable de cementos, Ken.

Ryburn le devolvió la mirada.

—Créame, cuando vuelva a verla, me olvidaré por completo de ese tema, Lisa.

FIN



SUSAN DEBE MORIR

—¿Dónde tiene a Susan?

—En una clínica. La llevé allí con la excusa de sus heridas. Facilité al doctor Richard la captura de la nena, pero ya había decidido seguirles. Quería sorprenderlos a ustedes cuando fuesen a realizar el trabajo con ella.

—Ya entiendo. Nos iba a hacer chantaje.

—¿Qué palabra tan fea!

—Es lo que está haciendo. Me está chantajeando, le guste oírlo o no.

—Dulzura, debe ser más cariñosa con su cómplice. Recuerde que ahora somos aliados. Cambió un hombre por otro, Richard Ritter por Joe Holland. Usted ganó con el cambio. El jefe de policía de Pine Lake es un hombre listo.

—¿Cómo va a hacer lo de Susan?

—Me desembarazaré fácilmente de ella. En la clínica donde la llevé tengo un par de amigos. Me deben ciertos favores.

¡El plan estaba trazado!

SUSAN DEBE MORIR

*Tal es el apasionante título de la más
apasionante novela de KEITH LUGER
¡que usted podrá leer en el próximo
número!*

4.000 años de piratería



¡Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**



veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain